

**NIPPUR**

DE LAGASH

EL DÍA QUE LOS DIOS  
ENVIARON LA LLUVIA

ROBIN WOOD  
RICARDO VILLAGRÁN  
SERGIO MULKO



**50**  
ANIVERSARIO

**Vol 17**

**EL DÍA QUE LOS DIOSES  
ENVIARON LA LLUVIA**

**LAS ÁNFORAS DEL ODIO**

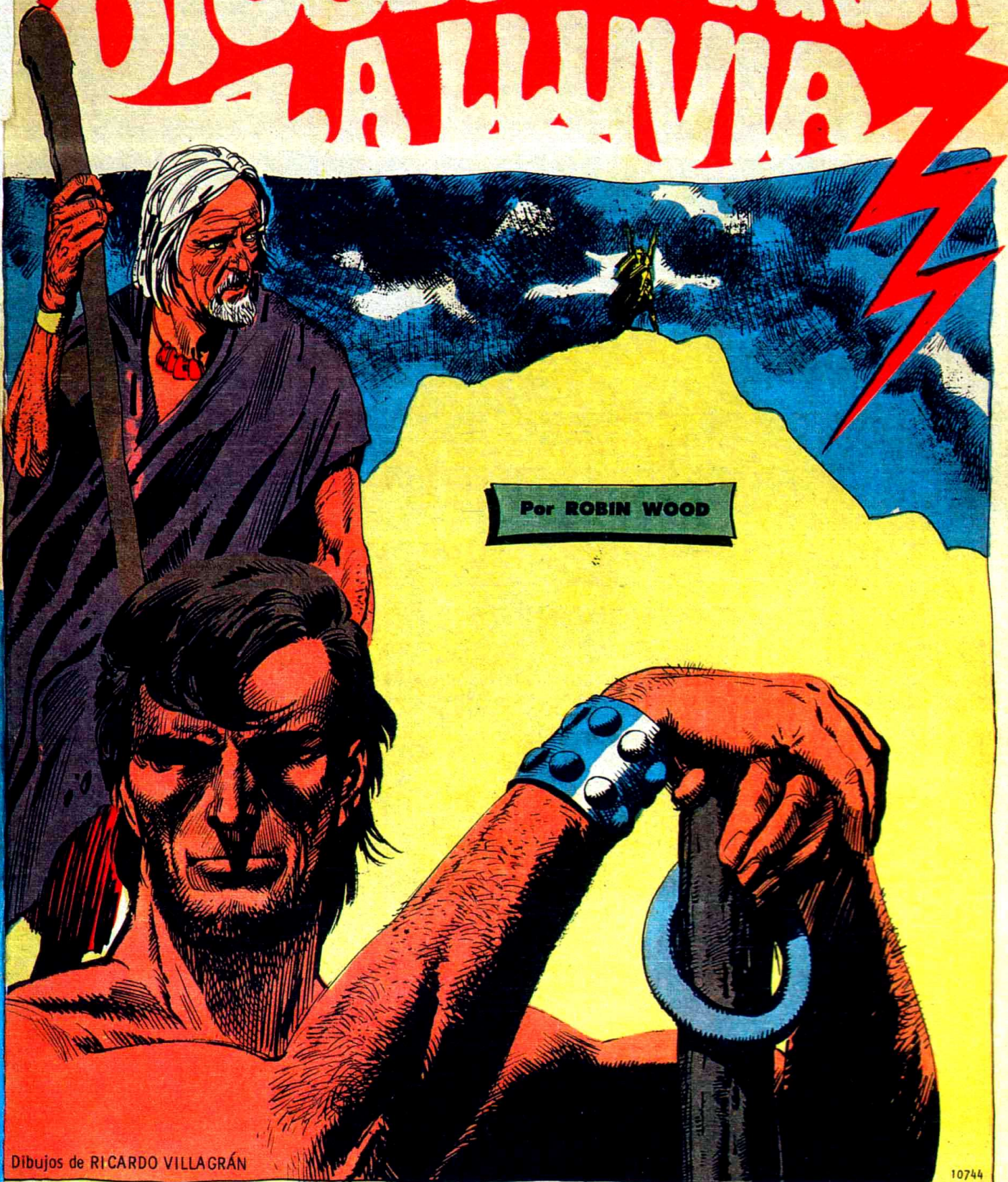
**UN MARIDO PARA NURIMA**

**EL GRAN TORNEO**

**LA SACERDOTISA**

**LA NEGRA HOGUERA DEL  
SUEÑO**

# EL DIA QUE LOS DIOSES ENVIARON LA LLUVIA



Por ROBIN WOOD

Era un anciano sí. Un anciano silencioso cuya piel hablaba mejor que mil oradores. Una vieja piel cansada, arrugada, comida de cicatrices y de años que se esforzaba aún en encerrar desesperadamente un alma que buscaba la libertad y el espacio abierto más allá de la última frontera de vida.



Entró en el miserable pueblo a paso lento, apoyado en su bastón, con los labios agrietados por el sol y el espantoso calor. Un perro ladró.



Alzó los ojos del suelo y se detuvo. Tenía ojos pálidos, claros como el cielo, lo cual es muy extraño en el sur de Sumeria, donde los hombres son morenos y de ojos oscuros.



En su pecho había un tatuaje en forma de pájaro.



Miren.



¿Has visto el tatuaje?

Sí.



Eran jóvenes macilentos, con la pobreza y el hambre incrustados en la piel y los ojos envejecidos por ese horizonte calcinado y por esa triste y ardiente miseria que era su vida.



El viajero en cambio, no. El estaba sentado frente a su escudilla y comía en silencio. Su túnica era de lana burda pero llevaba brazaletes de cobre y una espada de guerra yacía a su lado.



Los jóvenes salieron a la calle y uno de ellos gritó...



¡Eh, viejo!

El viejo se detuvo. Pude ver en sus ojos cansados la premonición de lo que sucedería. Con dulce fatalismo esperó.



¿Eres uno de los Muramin?



Sí. Soy el viejo Muramin.



¿Y te atreves a entrar en este pueblo? ¿Tú? ¿Un maldito?



Soy sólo un viejo. Un viejo muy cansado. Déjame seguir mi camino, joven. Tú tienes tus músculos, tu juventud y tu vida para disfrutar. Yo sólo intento llegar a las colinas.



Tú nunca llegarás allá. Lo sabes.

Debo ir.



Nunca llegarás.



Nunca...



Pero...



Lo enfrentaron sorprendidos. Los desorientó un poco el silencio del viajero. Tenía un rostro peludo y sombrío y helados ojos azules.

¿Qué haces? ¿Por qué me detienes?



Es un viejo.

¡Es un maldito! ¡No puede acercarse a las poblaciones! ¡El y todo aquel que lo ayude será castigado por los dioses!

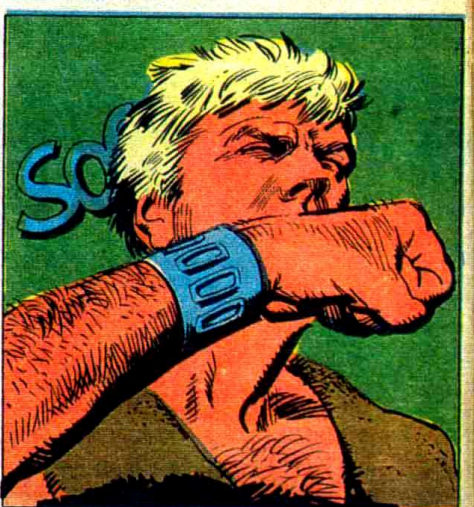


Entonces deja a los dioses el trabajo de arrojar piedras. Déjalo en paz.



Los jóvenes se irritaban. Hacía calor y el sol quemaba. Hubo un gesto violento.

¡Lárgate tú también...!



Fue un golpe de puño profesional, sin innecesario gasto de energía. Un movimiento exacto.



Veo que buscas el camino más corto para tu desgracia, viajero.



Pero...

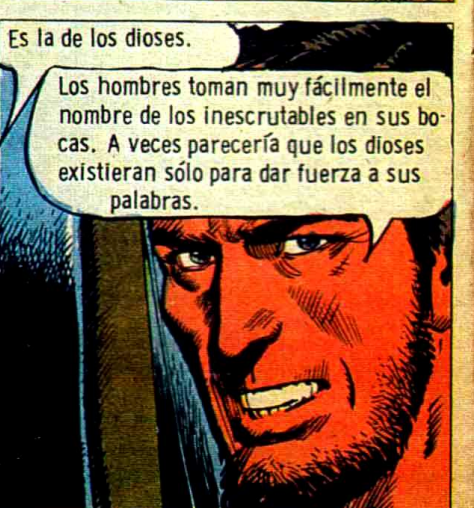


El día es caluroso, amigos. ¿Por qué no continuáis vuestro largo camino? Nosotros continuaremos el nuestro.



Todo hombre que se asocie con un Mura-min será maldito en la comarca.

La maldición de los hombres no dura más allá de sus vidas.



Es la de los dioses.

Los hombres toman muy fácilmente el nombre de los inescrutables en sus bocas. A veces parecería que los dioses existieran sólo para dar fuerza a sus palabras.

El calor era aún más fuerte y mi paciencia parecía disolverse en el sudor que me corría por el rostro. Alcé mi arco.



Fuera.

¿Estás bien, anciano?

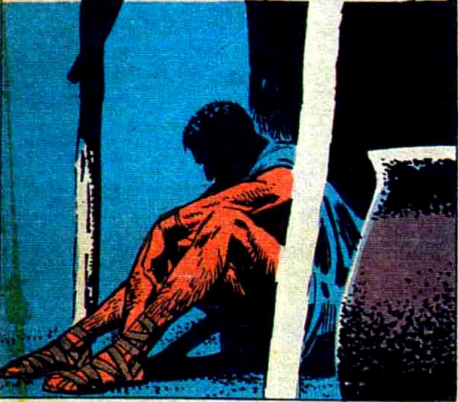


Desearía beber un poco de agua.

¡Eh tú! Dame un poco de agua.



No me respondió. Con un movimiento de gato se sentó a la sombra de una casa y pareció olvidarnos completamente.



No lo juzgué. Acababa de llevar a cabo una buena acción y no quise encolerizarme con él. Busqué el agua.



¿Adónde te diriges, anciano?



A las colinas. A dos jornadas de aquí.

¿A las colinas? No hay nada allí, anciano, excepto tristes historias. ¿Qué harás allí?



Me miró y sonrió cansadamente, dulcemente, como quien piensa en algo maravilloso e imposible, en algo demasiado deseado.



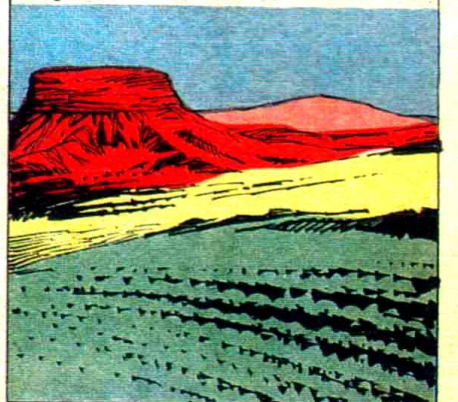
Voy allí a morir.

¿Por qué allí?



Porque hay una vieja casa de piedra en lo alto de las colinas, vacía y quemada y llena de recuerdos. Mi casa. Quiero morir allí.

El calor crujía en la tarde como un fuego de paja, y rachas de viento hirviente llegaban desde el desierto.





Vamos. Te acompañaré.

El hombre barbudo seguía bajo la sombra. Con la cabeza entre las manos parecía dormir. ¿Dormía?



No. No dormía.



¿Por qué el odio, anciano?



Sonrió. Era un hombre cuya única respuesta a la locura humana era la sonrisa y tal vez el desconcierto.

Al sur de las colinas está el templo de Samás, dios-sol, es tierra sagrada. Allí vivía la sacerdotisa. Allí llevábamos ofrendas. Todo esto era verdura... pastizales... tierra fértil... Todo este desierto pedregoso.



La sacerdotisa era joven y bella. Piadosa. Virtuosa. Un día mi hijo Akhron la vio. Akhron era violento y cerril y no temía nada. La vio y la pasión lo cegó.



No conoció la paz desde entonces. Perdió el apetito y la risa. Por fin, una noche, torturado por sus demonios penetró en el templo.

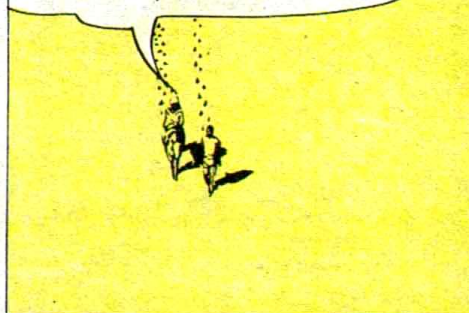


El viejo bajó la cabeza. Me hubiera gustado interrumpirlo pero no supe cómo.

Ella se defendió y él se volvió loco. Hallamos el cadáver semanas después, cuando vinimos a presentar las ofrendas para solicitar la lluvia. También hallamos el cuerpo de Akhron estrellado en un precipicio.



Toda nuestra familia fue maldecida. Una horda furiosa entró en nuestra casa y todos los míos fueron masacrados excepto aquellos de nosotros que se hallaban en los campos de pastoreo. Los sobrevivientes tuvimos que huir.



Pero todos fueron cazados uno detrás de otro como perros. En nuestra familia tatuamos a los niños en el pecho con nuestro fetiche. Para la buena suerte.



Lanzó una risita que fue como un sollozo.

Suerte. Fue gracias a ese tatuaje que mis hijos, sobrinos y nietos fueron reconocidos y apedreados, ahorcados, quemados. El fetiche fue un dedo de muerte a cada uno de nosotros.



¿Y tú?

Yo huí. A través de montañas y valles y desiertos, a través de la melancolía y del odio y de los días y de las noches. Maté, me defendí, me oculté. Quería salvar nuestra semilla.



Y un día descubrí que ya estaba demasiado viejo para dar vida. Que ya era inútil mi fuga. Que nada ganaría y nada cambiaría con ello... y entonces quise volver.

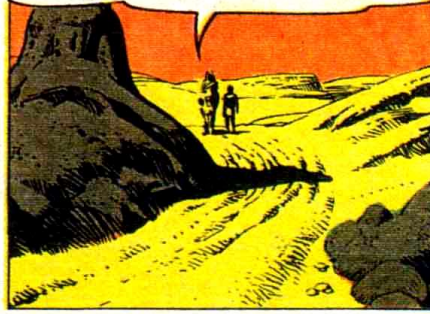


Alzó su viejo rostro hacia las colinas.

Volver. Volver con los míos. Volver con ellos en la muerte. Volver...



Pero el odio me sigue. Desde la noche del crimen nunca más volvió a llover en estas tierras. Los pastizales se secaron y los animales murieron. Todo se volvió piedra y polvo. La maldición tocó con un dedo de fuego la región.



Los sacerdotes dicen que cuando todos los nuestros hayan sido exterminados tal vez los dioses se declaren satisfechos.



Tal vez no te molesten.

Para un hombre de tu edad y con aire de conocer mucho sobre los hombres demuestras una curiosa inocencia, amigo.



Mira allá. ¿Qué ves?



Hombres.

En efecto. No tienen paciencia para esperar mi muerte. Harán como aquel que empuja la piedra para ver su caída. Me empujarán a mi muerte.



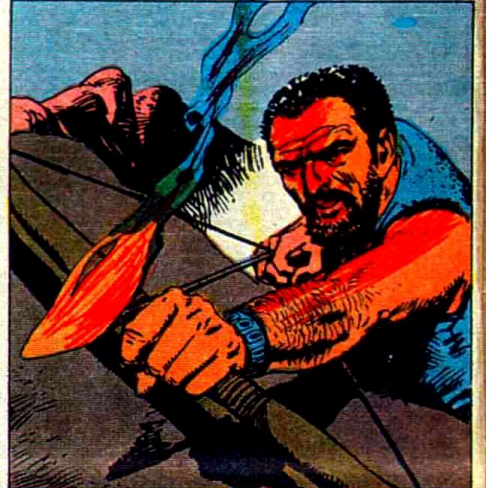
Oí el rugido de la multitud y los vi avanzar hacia nosotros cruzando una ancha extensión de pasto reseco. Pude oír el crujido de los tallos bajo sus pies.

¡Allí está!



Y el grito brutal y estúpido como todo grito de horda:

¡A la hoguera con él!



La flecha se hincó en la tierra...





... y una llamarada como una muralla se levantó ante ellos. El pasto seco parecía estallar como un volcán.



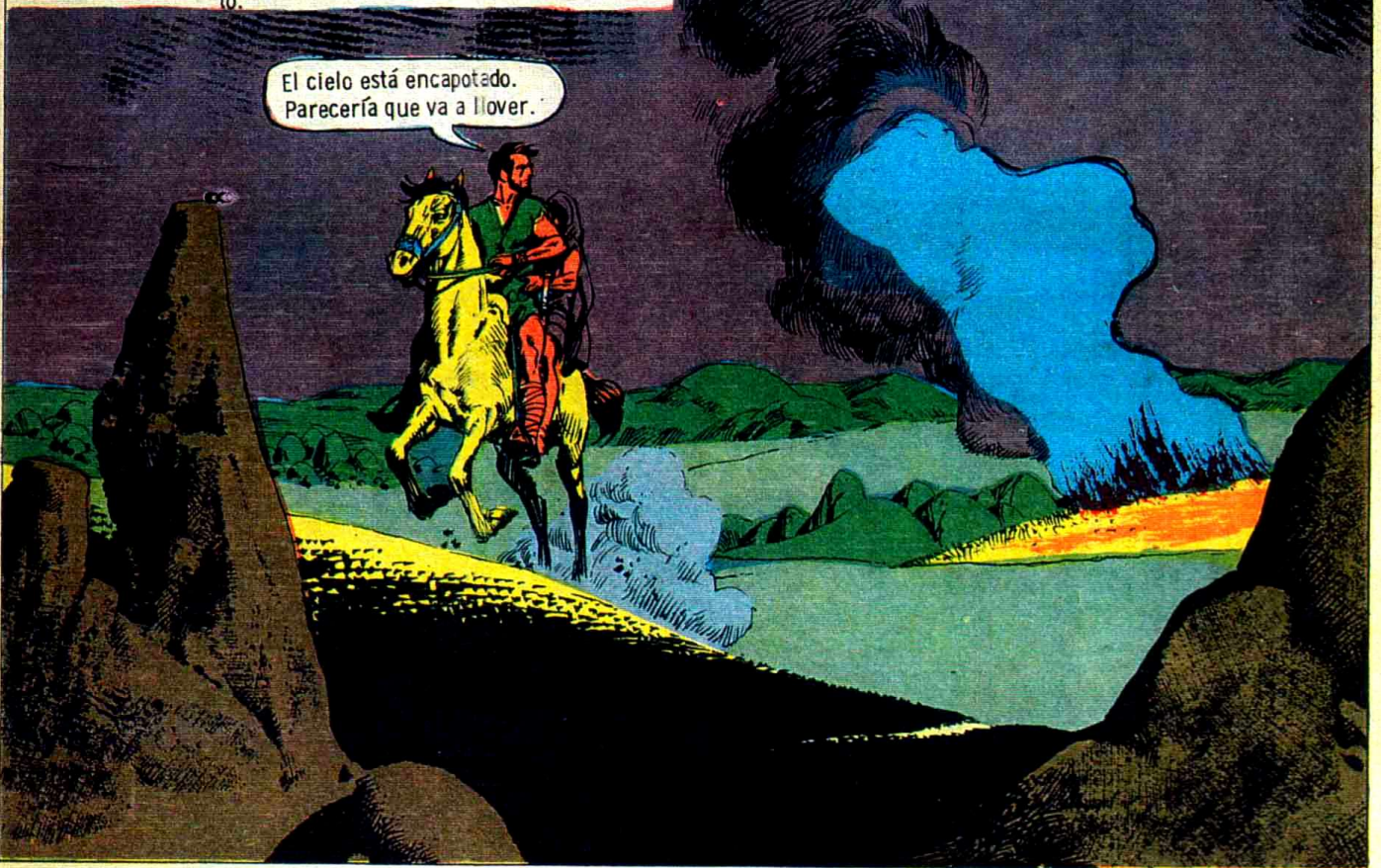
¡Atrás!  
¡Atrás!



Huyamos, anciano. Esto nos dará ventaja.

Sí. Sí.

MI caballo es un buen caballo de guerra y tiene el gran galope sabio y medido, que puede mantener durante toda la jornada. Era noche cerrada cuando detuve mi caballo en lo alto de las colinas. Una gran oscuridad negra y seca había descendido sobre el desierto.



El cielo está encapotado. Parecería que va a llover.



Tal vez, amigo. Tal vez cuando yo muera los dioses se apiaden de esta tierra desdichada.



¿No tienes odio en ti, anciano?  
¿Odio? No. Yo habría obrado como ellos. Sólo vemos la injusticia de una acción cuando somos víctimas de ella. Sólo ésa es la diferencia. Y yo puedo verla.

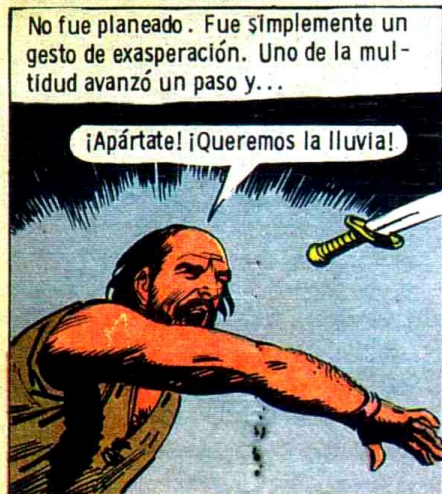


Un relámpago desgarró el cielo. Fue un relámpago terrible que se abrió en la noche como una fulgurante garra de luz. El anciano sonrió.

Los dioses se impacientan.

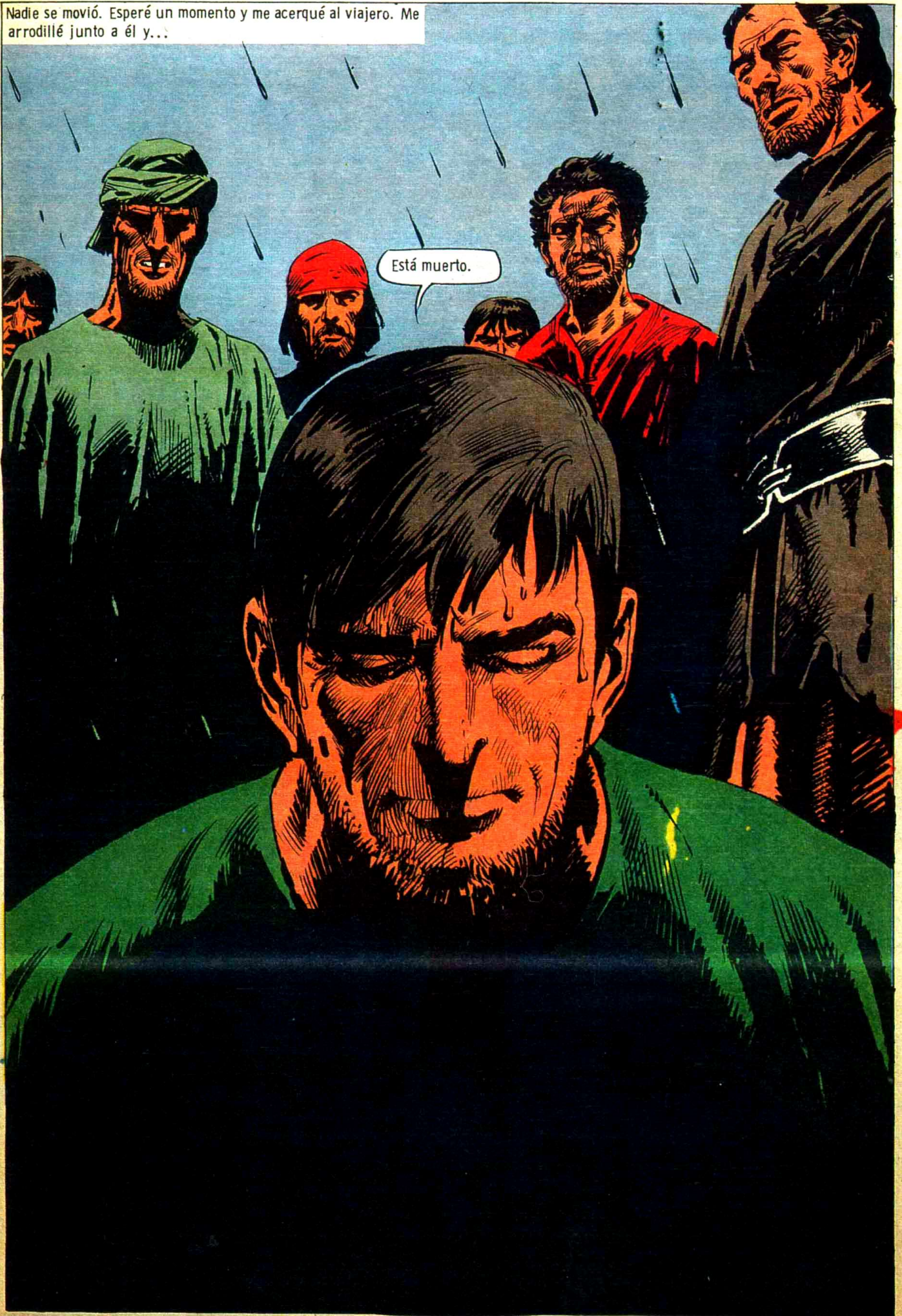


Allí. Allí está mi casa.



Nadie se movió. Esperé un momento y me acerqué al viajero. Me arrodillé junto a él y...

Está muerto.





Incrédulamente se tocó el rostro y luego, lentamente, como con temor a romper el hechizo levantó los ojos hacia el cielo. No había más relámpagos y la noche pesada se ahogaba en el silencio.



El repiqueteo de las gotas se multiplicaba dulcemente. Era una lluvia calma, suave, espesa, casi amistosa. Llovía profusamente y un penetrante olor a tierra mojada, a tierra reseca bebiendo, se alzó como una oleada hacia nosotros.



Bajo el cuerpo del viajero se formó un gran charco... pero éste era rojo y rojo el arroyo, que lentamente serpenteó sobre la tierra...



... y que se detuvo como meditando ante los pies de la multitud.



La lluvia había lavado el odio de sus ojos y sólo había dejado en ellos el alivio de la desgracia terminada, y la vergüenza de ese hombre muerto, tendido en un charco de lluvia y sangre.

Nuestra... nuestra intención no fue...



Ya tenéis la lluvia. Idos ahora.



Quedamos solos los tres junto a las ruinas, con la lluvia cayendo suave y pesadamente a nuestro alrededor. El anciano se puso de pie con dificultad.

¿Por qué llueve? Yo aún estoy vivo.





¿Y él? ¿Quién es él?  
¿Por qué su muerte ha  
abierto los cielos?

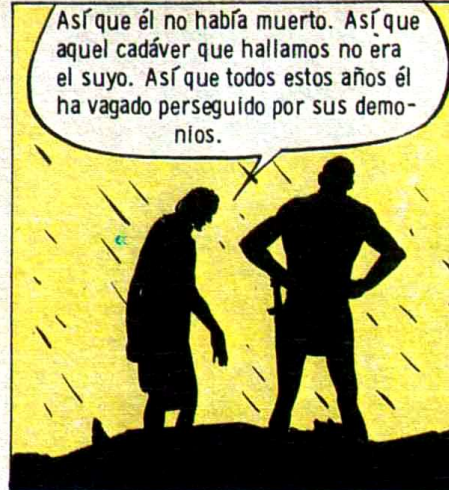


Tal vez...



Contempló con incredulidad el ancho  
pecho velludo en el centro del cual,  
el tatuaje azul parecía resplandecer  
como un fuego.

Así que era eso.



Así que él no había muerto. Así que  
aquel cadáver que hallamos no era  
el suyo. Así que todos estos años él  
ha vagado perseguido por sus demo-  
nios.



¿Por qué volvió? ¿Cómo supo que yo  
regresaba? ¿Qué extraño designio nos  
unió al fin?

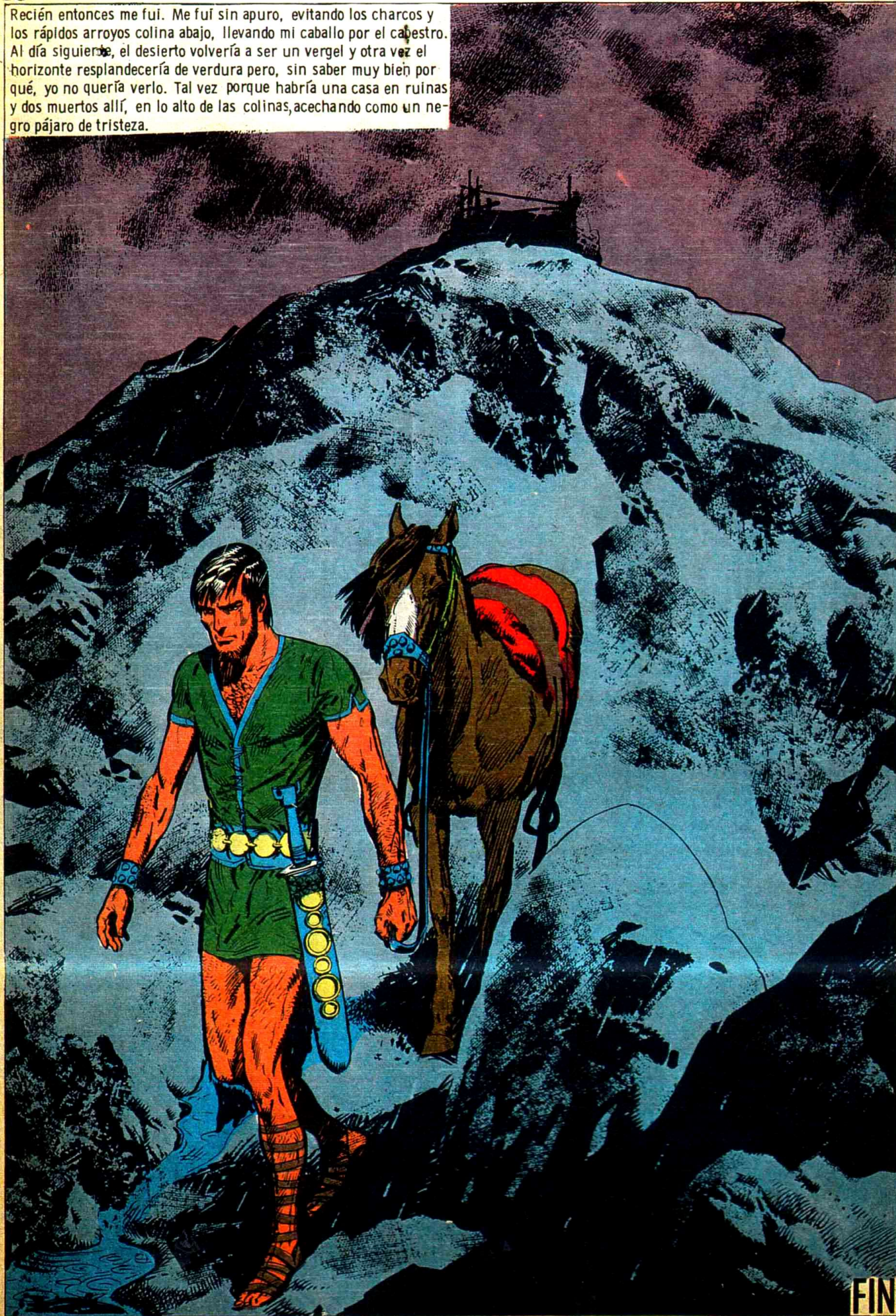
Por supuesto no pude contestar nada.  
Con los brazos cruzados sobre el pe-  
cho, seguí allí, temblando de frío ba-  
jo la lluvia, sintiéndola correr por mi  
cuerpo y con el monótono rumor del  
agua en los roquedales cantando en  
mis oídos. No sé cuánto tiempo perma-  
necí así.



Quando me acerqué y toqué al an-  
ciano, ya su piel estaba helada.



Recién entonces me fui. Me fui sin apuro, evitando los charcos y los rápidos arroyos colina abajo, llevando mi caballo por el cabestro. Al día siguiente, el desierto volvería a ser un vergel y otra vez el horizonte resplandecería de verdura pero, sin saber muy bien por qué, yo no quería verlo. Tal vez porque habría una casa en ruinas y dos muertos allí, en lo alto de las colinas, acechando como un negro pájaro de tristeza.



NIPPUR DE LAGASH

# **LAS ÁNFORAS DEL ODIO**

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**

Toda la tierra se resquebrajaba como una arcilla mal horneada que no soportara el calor que debió darle la vida. Así, como un ardiente nacimiento prematuro, todos los horizontes parecían crisparse y rajarse ante mis ojos.



Cadáveres de animales, polvorientos y resecos, apa recían aquí y allá sobre la tierra triste, cuya superficie no era alterada ni por la más pequeña brizna de hierba.



Sólo polvo... polvo... polvo...



¿Dónde hallaré agua? ¿Dónde...? (Pero... ¡allí hay un hombre!)



¡Eh, amigo!



Desde lo alto de la roca sobre la cual se acucillaba se volvió hacia mí. El no parecía alterado por el sol y no ví en sus ojos ninguna simpatía.

¿Qué quieres?



Agua...



Rió. ¿Agua? Búscala, amigo. Cava con tus uñas. Lame las piedras, viajero. Busca.



Los dioses nos ordenan ayudar.

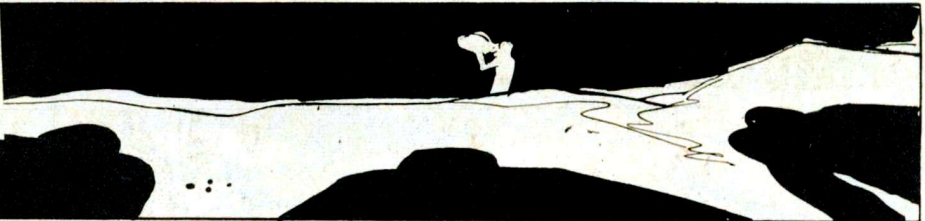


Yo no tengo dioses, viajero. Guárdate tus deidades aguateras. O mejor: pídeles a ellas que te den de beber.

Desapareció de lo alto de la roca sin un rumor, como si se hubiera desvanecido en el aire y yo me hallé otra vez bajo el sol, en mi océano de sed.



El agua era como hielo en mi garganta y casi podía sentir la vida corriendo nuevamente bajo mi piel, despertando casi con angustia a la humedad y a la frescura.



Ninguno de ellos avanzó. Cautelosamente se movieron con los puñales en las manos, espíandose.



Y de pronto...



¡Es mía!



¡Ahhh!



¡Ahh!



Ahora tú... no tocarás el agua. Es mía.

Lo veremos.



(¿Qué ocurre aquí? ¿Qué locura es ésta?)



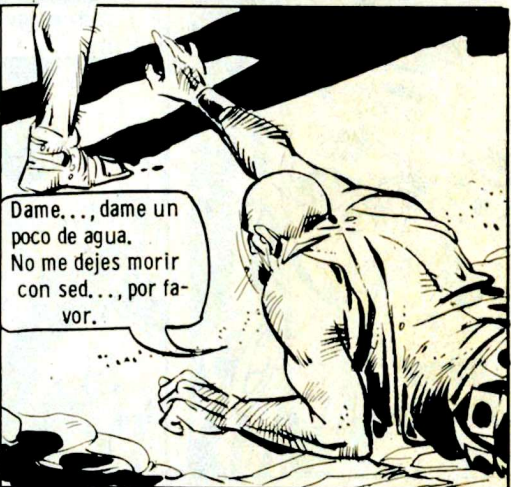
¡Te...!



Ah...



Oh, dioses...



Dame... dame un poco de agua. No me dejes morir con sed... por favor.



El otro no respondió. Con movimientos angustiosos bebía del ánfora, atragantándose y escupiendo. Bebía como una bestia, a grandes tragos desaforados, y algo así como un ronquido surgía de sus entrañas.



Dame... un poco... solamente.



Pero ya el otro se alejaba abrazando el ánfora. Por un instante me sentí tentado de correr tras él y arrebatársela a la fuerza el agua.



Pero un vistazo al herido me hizo comprender que ya no valía la pena.



¿Qué te ha parecido eso, viajero? ¿No ha sido divertido ver a esos tres ricos comerciantes destrozarse por un ánfora de agua?



¿Tú llamas divertido a eso?



Me sonrió otra vez.



Más que divertido, regocijante.



(Extraño hombre... Extraño lugar. ¿Qué hay aquí? ¿Qué secreto? ¿Qué horror?)



(Allá hay un pueblo. Tal vez pueda hallar agua.)



Un gran silencio reinaba en las calles. Las casas eran grandes y se veía en ellas el sello de un pasado esplendor, pero ahora sus paredes estaban resquebrajadas y polvorientas.



En silencio me miraron pasar con sus ojos hundidos en las órbitas y sus pieles resacas y amarillas. Nadie me habló.



(Allá va el hombre con su ánfora.)



Un poco... Dame un poco.

¡Fuera!



Por favor...



¡Ahhh!



Por favor... Un trago nada más.



¡Tú te lo buscaste!



Pero...



¡Ahhh!



Toma... bebe.

Samás... Samás te bendiga.



Gracias... Gracias...



Y tú, toma. No quise tu agua. Guárdala y vete.



Perro...



¿Dime, amigo, ¿qué ocurre aquí? ¿Qué significa todo esto?



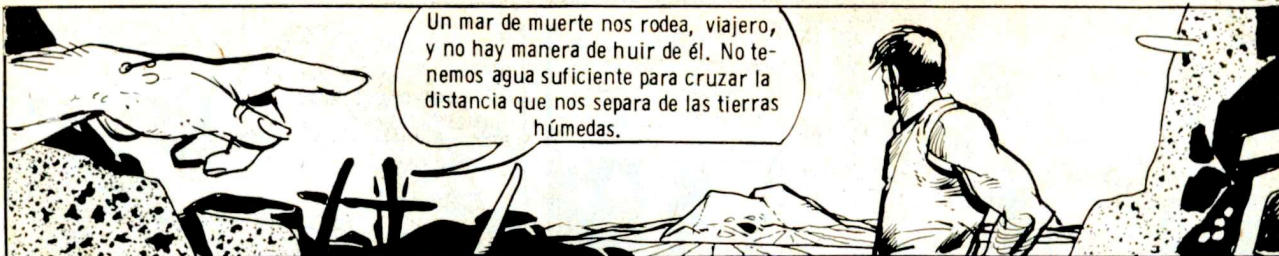
En mal sitio has caído, amigo. Ahora tú también eres prisionero.



¿Prisionero de qué? Hablas en enigmas.



Sólo para tí. Mira a tu alrededor... ¿qué ves? La sequía se ha comido nuestros campos y ha cegado las fuentes de agua.

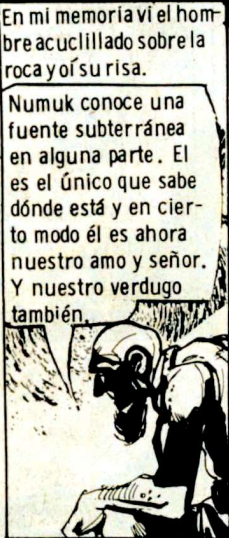


Un mar de muerte nos rodea, viajero, y no hay manera de huir de él. No tenemos agua suficiente para cruzar la distancia que nos separa de las tierras húmedas.



¿Y las ánforas?

Las ánforas son el castigo de Numuk, el hombre de las piedras. Es él quien cada día deja un ánfora de agua en alguna parte y luego disfruta viéndonos pelear por ella.



En mi memoria vi el hombre acucillado sobre la roca y oí su risa.

Numuk conoce una fuente subterránea en alguna parte. El es el único que sabe dónde está y en cierto modo él es ahora nuestro amo y señor. Y nuestro verdugo también.



¿Os vende agua?

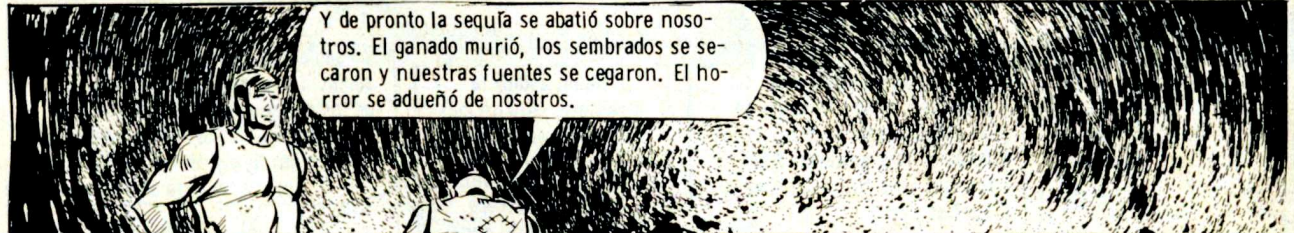
No. Numuk no quiere oro. Quiere nuestra humillación y nuestra muerte lenta. Este pueblo era un pueblo rico, de comerciantes astutos y despiadados, como deben serlo los comerciantes que triunfan.



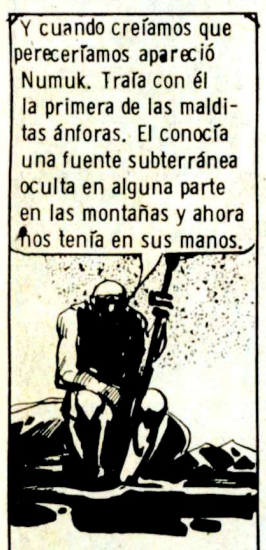
Numuk era uno entre la carroña del pueblo, un miserable, un paria. Se ganaba la vida mendigando y a veces se le permitía compartir los restos con los perros.



Un día faltó el respeto a una de las jóvenes de la ciudad y fue azotado y marcado con un hierro rojo. Nos maldijo y fue condenado al exilio. Y se fue a las montañas, entre los animales salvajes.



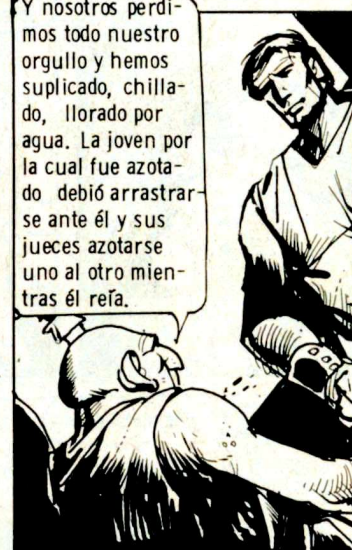
Y de pronto la sequía se abatió sobre nosotros. El ganado murió, los sembrados se secaron y nuestras fuentes se cegaron. El horror se adueñó de nosotros.



Y cuando creíamos que pereceríamos apareció Numuk. Trafa con él la primera de las malditas ánforas. El conocía una fuente subterránea oculta en alguna parte en las montañas y ahora nos tenía en sus manos.



Desde ese día jugó con nosotros. Nos llevó a extremos degradantes de humillación y cada día su fértil cerebro inventaba una nueva burla atroz.



Y nosotros perdimos todo nuestro orgullo y hemos suplicado, chillado, llorado por agua. La joven por la cual fue azotado debió arrastrarse ante él y sus jueces azotarse uno al otro mientras él reía.

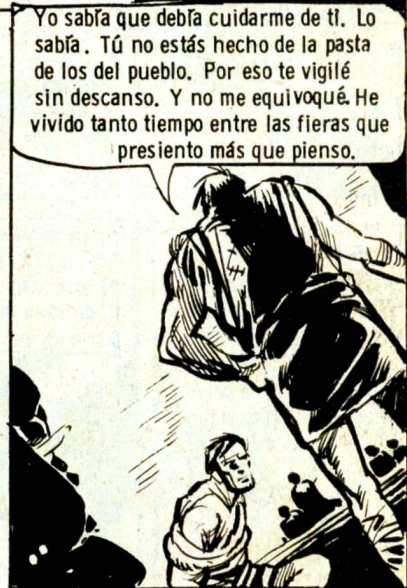
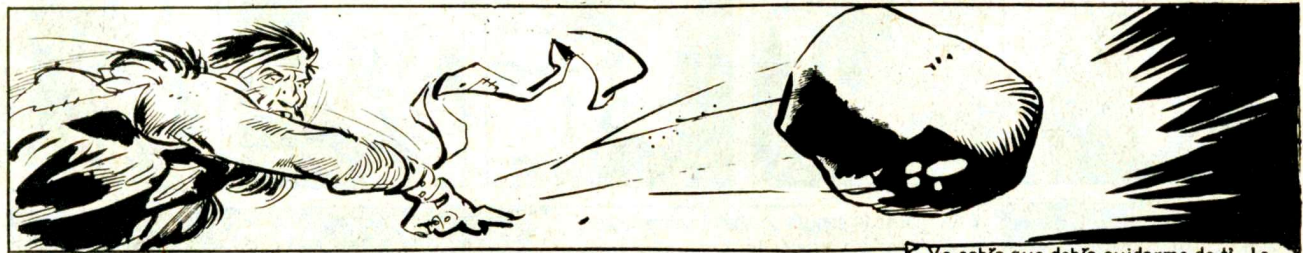


Y así seguimos, demasiado débiles para intentar nada y demasiado vencidos para hacer otra cosa que esperar las ánforas del odio de Numuk.



Triste historia, anciano.

Lo es. Ahora tú también eres su prisionero.



Luego sí. Luego llegará el remordimiento cuando hayan bebido y entonces la frescura en su garganta tendrá gusto a sangre... y el remordimiento los devorará, hasta que la sed se despierte otra vez.



Lanzó una risa estridente y visiones de chacales y huesos calcinados cruzaron ante mí.

Prepárate. Ahora vienen por ti.



Pero ¿qué haces?



No me importa morir pero yo muero de pie. Yo vengo de una tierra donde los hombres mueren como los árboles.



Me odió. Me odió con todas sus fuerzas. Me odió con sus años enfermizos de pobreza y de desprecio. Me odió con el odio de aquellas que se sustentan de sus rencores como las hienas de carne muerta.

¡Mátenlo!



La multitud avanzó. Los rostros polvorientos y consumidos eran como máscaras atroces. En las manos llevaban piedras, cuchillos, palos.

Por un momento dudé entre mi heroica posición o la posibilidad de largarme a toda carrera pero lo deseché casi al instante. No tenía ninguna esperanza.



¡Mátenlo! ¡Ja, ja, ja! ¡Mátenlo, esclavos míos! ¡Numuk, vuestro señor, lo ordena! ¡Matad!



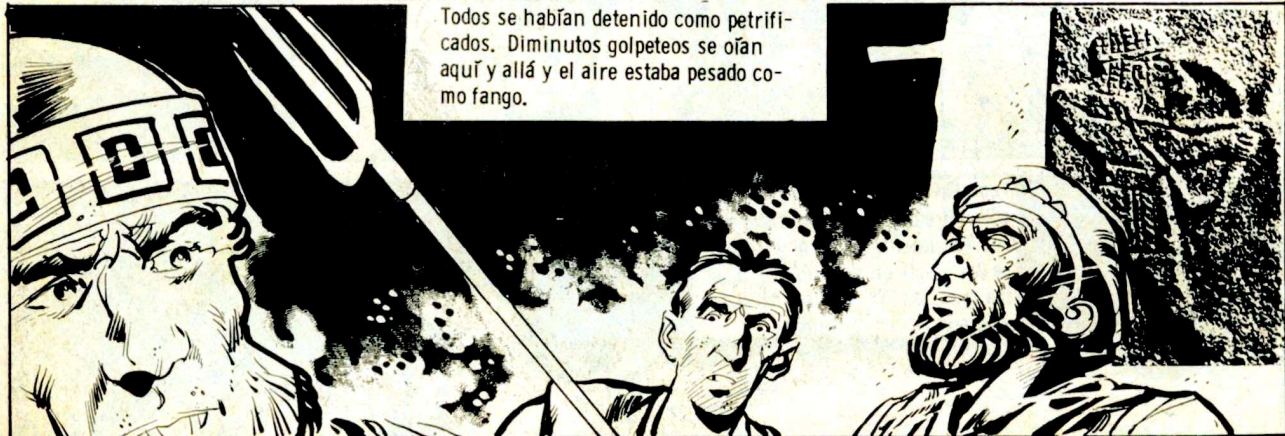
¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Matad! ¡Ja, ja, ja, ja!



Se tocó el rostro estupefacto. Una diminuta perla cristalina relucía sobre su piel curtida. Una diminuta perla de agua.



Todos se habían detenido como petrificados. Diminutos golpeteos se oían aquí y allá y el aire estaba pesado como fango.



Poco a poco el golpeteo aumentó. Resonó contra los muros de las casas, resonó sobre las piedras desnudas, resonó sobre las piedras resacas como cuero.



Y por fin una voz desgarrada de emoción gritó.

¡Es la lluvia!



Ahora caía a torrenes. Todos los rostros estaban alzados hacia lo alto y casi podía oír su jadear, sus sollozos, su alivio.



Hasta que de pronto una voz gruñó...

Numuk...



Y todos se volvieron hacia él como una gran marea que cambia de pronto de dirección.

No...



El no trató de morir como mis árboles sumerios. El era de otra pasta, de otra raza.

¡Piedad!



Pero había mucho odio allí, mucha rabia...



¡Ahhhhhhh!



Y luego el grito murió, y sólo el murmullo armonioso del agua cantando sobre roca, y casas, sobre hombres y odios.



Sobre la vida y la muerte.



También sobre las ánforas del odio. El odio es un vino traicionero. Fácilmente se agría y luego se convierte en veneno. Tú, que me oyes, amigo, cuídate del odio y de sus ánforas. Cuídate.

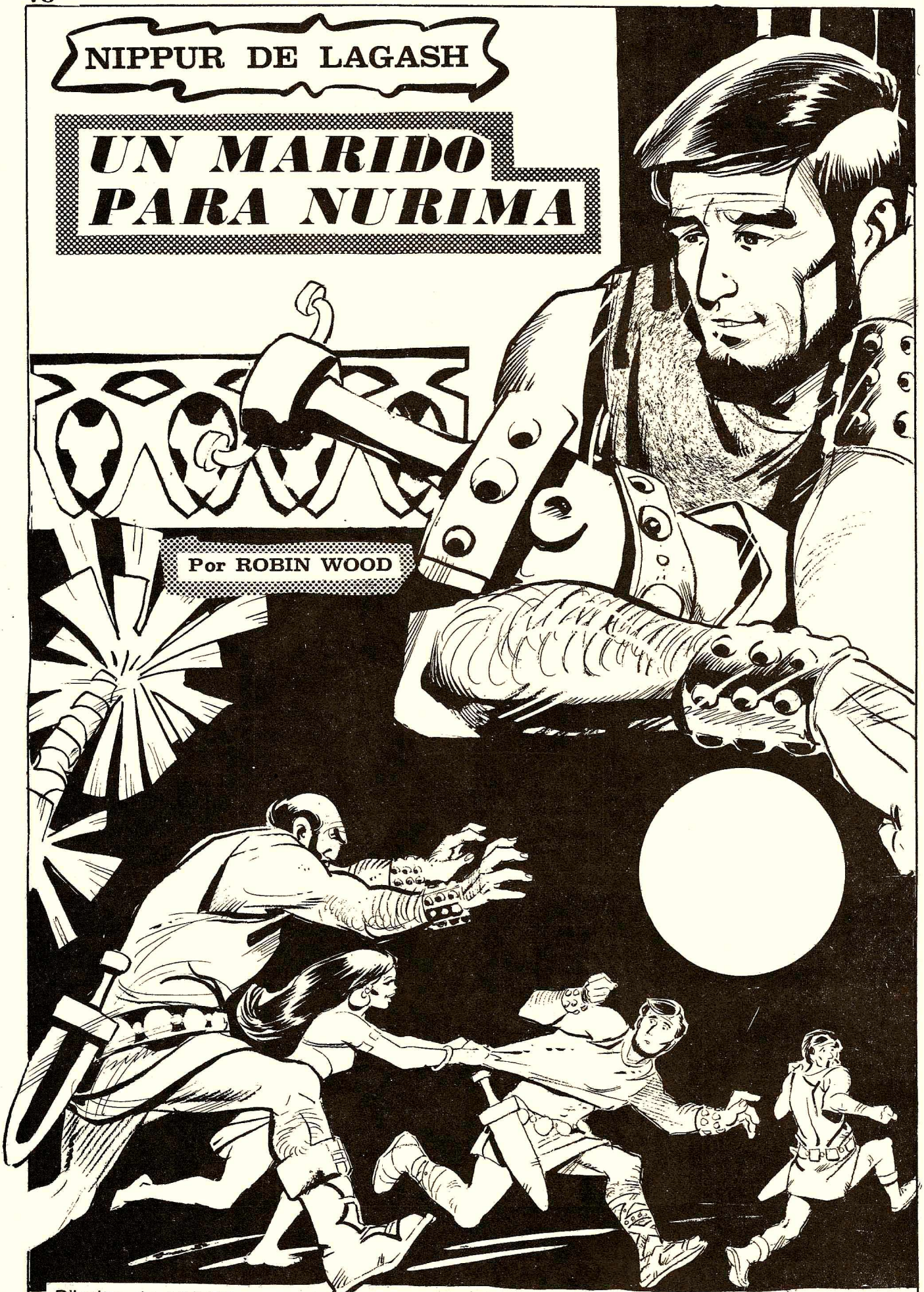


FIN

**NIPPUR DE LAGASH**

**UN MARIDO  
PARA NURIMA**

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**



Esta historia comenzó el día que Nurima, la belleza y la muchacha más rica de la ciudad, decidió casarse. Es siempre una mala cosa para los hombres cuando una mujer decide casarse pues la mujer es el cazador más implacable que existe.

(Veamos... ¿A quién elegiré?)



(¿Suros, el comerciante? No. Es gordo y transpira cuando hace calor.)



(¿Heremas, el guerrero...? No. Es tan tonto que sería capaz de exigirme que cocine.)



(Podría casarme con Meharin, el rico. Es viudo. Sería un buen partido pero entonces tendría hijas mayores que yo.)



(Oh, dioses ¡qué problema! No es fácil casarse.)



(¿Y los forasteros? Tal vez algún señor rico que pase...)



(Hmmm. ¿Y aquél?)





(¡Es corpulento... y pocas veces he visto un hombre tan alto. Todas las muchachas me envidiarían un marido así. Y tiene aspecto de ser de noble cuna.)



(Sí. Ese me gusta.)



¿Qué ocurre? ¿Ni trabajar tranquilo puedo?

Padre, tengo una buena noticia para ti.



¡Padre! ¡Padre!



Eso lo dudo. ¿De qué se trata?

Padre, quiero casarme.



Ah. ¿Y con quién? ¿Cómo se llama?

No lo sé. Acaba de llegar al pueblo y está ahora en la taberna. Viste túnica roja.



¿Qué? ¿Así como así eliges un marido que ni siquiera conoces?

¿Qué importa eso? ¡Tú me dijiste que cuando quisiera algo no tendría más que señalarlo, que tú me lo conseguirías!



¡Pues bien, quiero al forastero de túnica roja que está en la taberna! ¡Quiero! ¡Quiero!

Oh, Samás...



¡Quieroooooo! ¡Quieroooooo!

¡Basta! ¡Mis oídos!



Está bien. Te lo daré pero deja de gritar, en el nombre de Samás.



¡Obor, ven aquí!

¿Sí, amo?



Obor, hay un hombre con una túnica roja en la taberna. Ve y tráelo aquí. De cualquier manera.



¡No! De cualquier manera no. Debe tratarlo con cuidado. Voy a casarme con él.

Con gentileza entonces, Obor, ¿entendido?



¿Con gentileza? ¿Con gentileza?



Y de pronto una gran sonrisa iluminó el rostro del gigante.

¡Claro que sí! ¡Si tengo que pegarle lo haré suavemente...!



¡Así...!



Este... Tal vez un poco menos fuerte que eso.



Yo estaba satisfecho. Había sido un largo día bajo el sol y ahora la sombría taberna y el vino fresco eran un alivio increíble.

(Me quedaré algunos días aquí.)



(... humm ¿Y ese grupo de hombres allí? Parece que buscaran a alguien.)



Obor, hay dos forasteros con túnica roja.

¿Dos? Hmmm...



¿Qué hacemos ahora?



¡Ya sé! Llevaremos a los dos y que el amo elija.

Buena idea, Obor.



¡Eh, tú! Acompáñanos. Mi amo quiere verte.



Pues si tu amo quiere verme no tiene más que molestarse en venir aquí. Sinnes nunca se molesta si lo visitan.

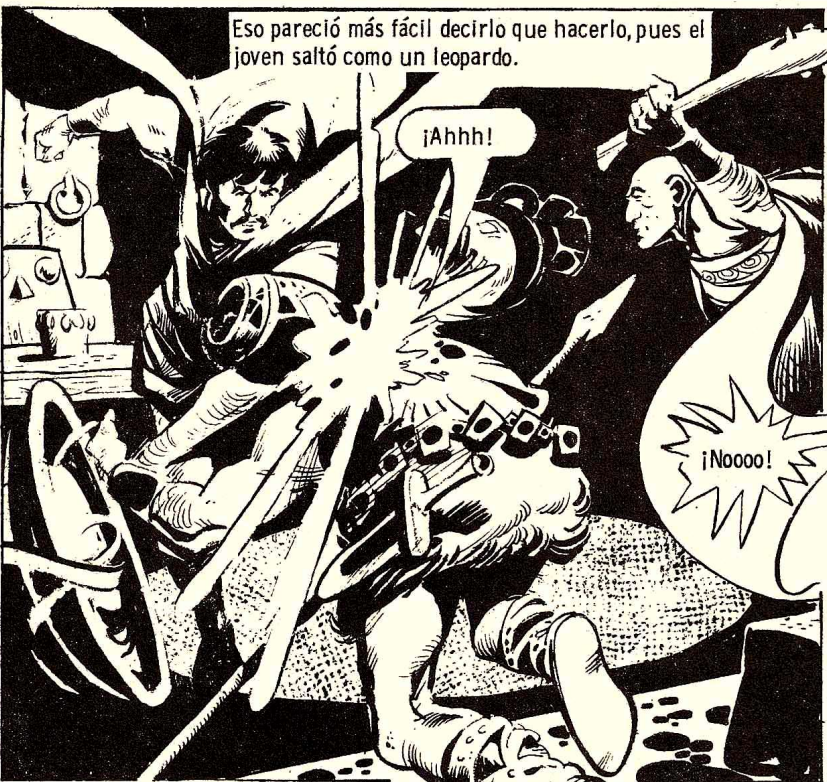
¡Basta de bromas! ¡Síguenos!



(Hmmm. No hay remedio para la especie humana. Dondequiera que vaya siempre es lo mismo.)



¡Agárrenlo!



Eso pareció más fácil decirlo que hacerlo, pues el joven saltó como un leopardo.

¡Ahhh!

¡Noooo!



¡Ahhh!



(Hmmm. No está mal.)



¡Ahhh!



(No. Realmente lo hace muy bien.)



Y ahora, amigos míos, creo que os interesará saber por qué os he hecho venir.



Excelente idea.

Nos lo dijo.



¿Casamiento?

¿Casamiento?

El mejor candidato es él. Yo soy un viejo sin atractivo.



¡Oh, no! Es mejor él. Los hombres maduros poseen la sabiduría sobre la cual se edifican los hogares felices.

No. Seré yo la que elegirá... a menos que queráis pelear por mí.



¡Oh, no! Yo me declaro vencido. Me avergüenza confesar que la idea de pelear me aterra. Debo reconocer (con gran humillación) que soy un miserable cobarde.

Yo soy aún peor. Sería ofender a una mujer el casarla con una escoria como yo.

¡Están comenzando a irritarme! ¡Si no quieren decidirse seré yo quien decida! Hasta entonces podéis consideraros huéspedes aquí.



El joven y yo nos miramos y nos comprendimos. Evidentemente nadie bromeaba en esa casa.

Creo que es mejor largarse.



Ahá.

Hmmm.



En fin... Creo que no me molestará aceptar esta cortés invitación.

No. A mí tampoco.



Y así razonando tuvimos que pasar por una principesca cena solamente arruinada por la ominosa presencia de Obor y la no menos ominosa de Nurima.

Me gusta tu porte, Nippur. Eres hermoso, sabio y fuerte. Cualquier mujer sería feliz contigo, Nippur.



Este...

Claro que sí. Ella tiene razón, Nippur ¿Qué soy yo a tu lado? Nada. Un mísero hombrechillo sin ningún interés ni atractivo.



¡Oh, no!

Tú eres gallardo como un dios, Sinnes. Tu belleza es como un diamante, y cuando tus ojos ríen siento un cosquilleo en mi sangre.

Y además es inteligente, sobrio, valiente, juicioso, culto, amable...





(Veamos. La hospitalidad es muy amable pero no me molestaría irme...)



(...así que...)



Hmmm.



(Bah. Después de todo no me hará mal dormir un poco.)



... y he decidido que, para saber cuál de vosotros es el que me conviene, pasaréis varias pruebas, luego de las cuales, yo decidiré quién es el afortunado.



Oye, Sinnes. Esta chiquilina malcriada me está comenzando a irritar. ¿Y a ti?

¿Qué crees? Si consigo echarle las manos encima...



Escucha, creo que hay algo que podemos hacer.

Dime.



Hmmm. No está mal.



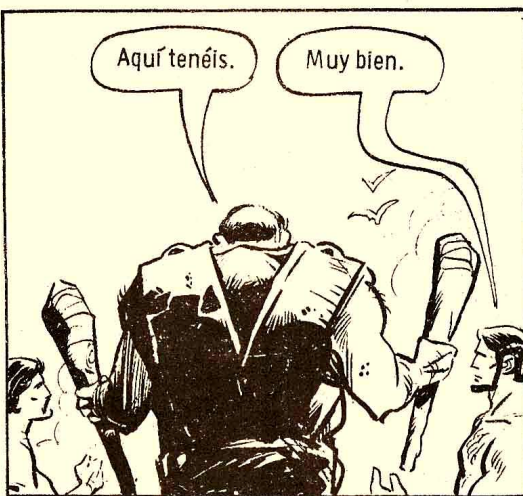
Ya que has decidido todo, gentil muchacha, ¿podrías dejarnos elegir a nosotros las pruebas?

Muy bien. ¿Qué sugieres?



Combate con garrotes. El perdedor se cas... digo perderá la oportunidad de casarse contigo.

¡Excelente! ¡Me gusta!



Aquí tenéis.

Muy bien.



¿Listo, amigo?

Listo.



¡Ya!





¡A escape ahora!

¡Vamos!



Pero...



¡Se han ido! ¡Y se han llevado a mi hija!



¡Rápido! ¡Caballos! ¡Soldados! ¡Hay que rescatarla!



¿Qué harán conmigo? ¿Pedirán rescate? Mi padre les dará todo el oro que pidan.



No queremos oro, muchacha. Te guardaremos aquí un cierto tiempo. El necesario para que aprendas ciertas cosas.

¿Qué cosas?



Como vemos que tienes problemas para encontrar marido vamos a ayudarte a poseer ciertas virtudes que los hombres admiran...



... tales como lavar, cocinar, juntar leña y muchas otras actividades muy prácticas.

¡Antes la muerte!



¿La muerte? ¡Oh, no! La muerte no... pero esta hermosa vara tal vez sí. ¿La ves, muchacha? Duele..., especialmente en cierta parte.



¡Oh, no!



¿Y? ¿Qué decides?

Este..., yo...



¿Pescando? ¡Bromeas!



Tenemos visitas, Nippur.



Ahá. Es él.



NIPPUR DE LAGASH

# EL GRAN TORNEO

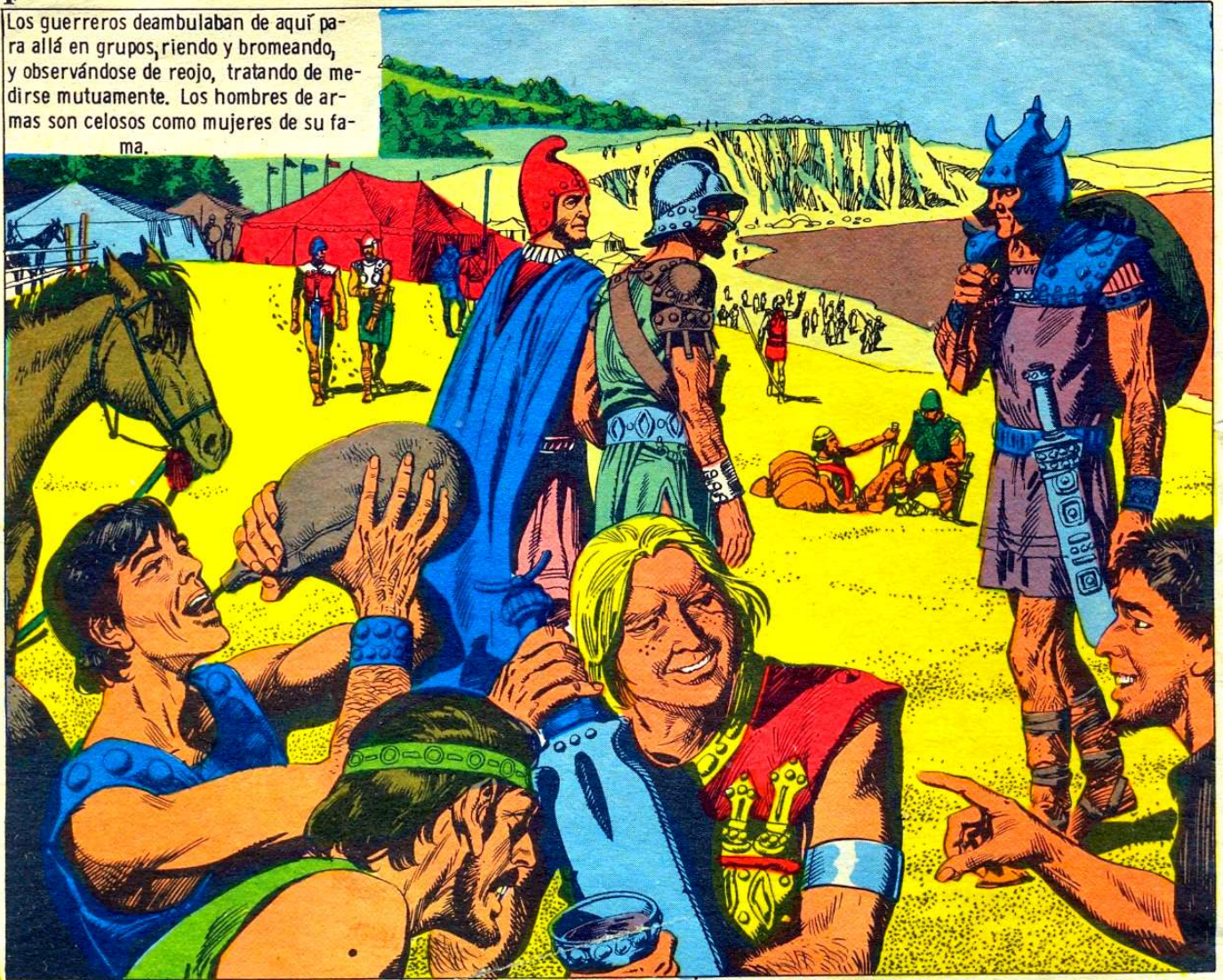
Por ROBIN WOOD



Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

10877

Los guerreros deambulaban de aquí para allá en grupos, riendo y bromeando, y observándose de reojo, tratando de medirse mutuamente. Los hombres de armas son celosos como mujeres de su fama.



Y allí, en esa playa calurosa, se veía a los más conocidos caudillos de las tierras sumerias. Hombres de mil batallas y de mil muertes.



Allí estaba Nanamin, el hitita, el guerrero de las dos espadas, lúgubre y apartado, masticando su misterio y sus muertes.



Allí estaba Kamaras, el de Ur, el que marchaba a las guerras cantando hermoso como un dios y fatal como el destino. Una hermosa esclava vestida de blanco lo seguía siempre llevando su espada en vaina de oro.



Allí estaba Gaormentis, el tosco, el hombre de las montañas con sus ropas de cuero y su maza. Colgando del cuello llevaba la mano momificada del primer hombre que matara.



Allí estaba Oh, el negro, con su piel de noche y sus músculos de bronce. Oh, el que peleaba riendo y el que lloraba de felicidad. Oh, cuya leyenda había saltado las fronteras de todos los países.



Y había muchos otros, hombres de montañas y ríos, de llanuras y de pantanos, hombres de cuerpos gigantescos y de manos veloces, hombres cuyos nombres corrían con más rapidez que sus caballos.



Y más allá, apartado, silencioso, omnipotente, está Bar-Am-Bar, el rey de oro, el monarca cuyas tierras parecían siempre bendecidas por la riqueza.



Uno de sus consejeros se inclinó a su oído y susurró algo. Adiviné la conversación.

Aquel es Nippur de Lagash, noble señor.

¿El Incorruptible aquí? ¡Este año mi torneo será algo que pasará a las leyendas!



Este... señor... El Incorruptible no participará en el torneo.

¿Eh? ¿Qué quieres decir?



Yo ya hablé con él, noble señor. Se rió. Dice que sólo ha venido como curioso.

¡Es una idiotez! ¿Conoce él el valor de los premios?



Sí, señor, pero asegúrate que es un hombre sencillo y que no sabría qué hacer con tanto oro.

El imbécil...



Sentado al pie de un árbol sonreí. Podía imaginar las palabras de Bar-Am-Bar. Conocía su fama y su amor propio referido a estos torneos: eran más que un absurdo monumento a su propia vanidad.



¿Tú eres Nippur?



Yo soy Nippur, muchacho.

Me llamo Nurhas y vengo del país de las grandes montañas. Será un honor para mí si me permites que luche contigo en el torneo.



Me halagas, Nurhas, pero desgraciadamente no podré concederte eso porque no participaré en este torneo.

¿No? ¿Por qué?



Parecía un joven amable y me gustó.

Tú eres joven, Nurhas, y buscas algo que para mí ha perdido ya su encanto. Los gritos de guerra ya no me entusiasman y prefiero meter mis pies en un arroyo para refrescarlos que torcérme los sobre un carro de combate.



Se rió...

No te imaginaba así, hombre de Lagash.

Lamento decepcionarte.



No me decepcionas. Al contrario. Soy joven, como lo has dicho, y no hace mucho fui niño, y toda mi niñez estuvo llena de leyendas sobre tí. En nuestro pueblo había una canción tonta que decía que Nippur se comía a los niños que no querían dormir.



Y me alegra saber que hice bien en desconfiar siempre de esa canción. Y veo que hice bien en creer en un Nippur más risueño. No me equivoqué.



(Alegre muchacho. Una vez yo fui así también...)



¿Así que no peleas, Nippur? ¿Tan viejo estás?

¿Hmmm?



Kamaras, el que guerreaba cantando, me sonreía. Tras él, su esclava vestida de blanco tenía los brazos cruzados y no llevaba la espada en ellos. La espada estaba en la cintura de Kamaras.

¿Tan viejo estás, pobre anciano...?



Kamaras es un hombre que sonreí pero su sonrisa es a veces como el viento. Viento de paz o viento de guerra. Un cosquilleo conocido me corrió por los brazos.



En efecto, Kamaras. Estoy viejo. Simplemente disfrutaré del espectáculo.



¿Así que estás viejo, Nipur? ¿Muy, muy viejo?



¿Tanto como para soportar esto?



Sí, Kamaras. Tan viejo como para soportar esto.

¿Ahá?



¿Y esto también?



Pero...

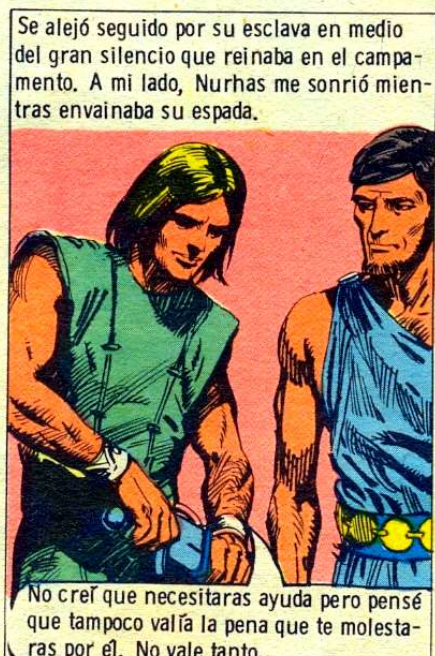


Deja a Nipur tranquilo, hombre de Ur. No es bueno desafiar al que no quiere pelear. Déjalo. No te faltarán guerreros con los cuales medir tu valor.



La sonrisa de Kamaras no desapareció pero se volvió rígida en las puntas mientras sus ojos se achicaban peligrosamente.

Así que el cachorro defiende al perro viejo, ¿eh? Muy bien, luego veremos.



Se alejó seguido por su esclava en medio del gran silencio que reinaba en el campamento. A mi lado, Nurhas me sonrió mientras envainaba su espada.

No creí que necesitaras ayuda pero pensé que tampoco valía la pena que te molestaras por él. No vale tanto.



Cuídate, Nurhas. Es un mal enemigo.

Lo sé.



¿Has visto eso, Khuros?

Sí, mi señor.



Quiero que Nippur participe, Khuros. De cualquier modo y a cualquier precio.



Lo arreglaré, señor. De algún modo. Creo que hay varios que estarían dispuestos a ayudarme. El nombre de Nippur sería un premio de tanto valor como un carro de oro para el que lo venciera.



¿Por qué participas en este torneo, Nurhas?

Por el oro, Nippur.



Y no me entiendas mal. Sé que es mala cosa el perseguir el oro pero no lo hago por mí. Hace muchos años que abandoné mi aldea prometiendo volver rico.



Y los años han pasado y no he cumplido mi promesa. Y de pronto un deseo extraño se ha encendido en mi pecho: el deseo de volver. De pronto mi espada me resulta muy pesada.



Quiero volver, Nippur, a mi aldea. Y en mi vanidad quiero que mi vuelta sea una bendición para ellos.



Hermosa vanidad, Nurhas. Hermosa vanidad.



¿Te quedarás a verme luchar, Nippur?

¿Lo deseas?



Sí. Será un orgullo para toda mi vida el poder decir a mis amigos en mi aldea que el gran Nippur asistió a mis combates por amistad.



Eres más adulator que una mujer fea que busca casarse, Nurhas. Está bien. Me quedaré pero no protestes si me desmayo. Soy viejo y la vista de sangre me hace temblar las rodillas.



Nos reímos a carcajadas. Yo estaba agradecido a ese joven cándido y duro por haberme dado un lugar en sus sueños de juventud y por insistir en conservarme allí.



Dime, Nanamin. ¿Te gustaría medirme con el hombre de Lagash?



Los hititas debemos mucho a Nippur. Muchas de nuestras mujeres duermen solas en sus lechos y muchos niños nunca han conocido a sus padres gracias a él. ¿Quieres una respuesta mejor?



No. Me basta. Oyeme bien entonces.



Gaormentis, ¿te gustaría marcar el nombre de Nippur en tu escudo? ¿Que en tus montañas te llamen "el que acabó con el errante"?



¿Ves esta mano? Me gustaría tener la mano derecha del Incorruptible junto con ella. Habla.



Al día siguiente vi luchar a Nurhas en el anfiteatro de madera levantado por Bar-Am-Bar para los combates, entre el rugido de la multitud que viniera de todos los extremos de las naciones para asistir.

(Pelea bien. Tiene el fuego...)





Has perdido, sumerio.



¡Remátalo!



No. Soy el vencedor de este combate. No hace falta que sea el verdugo.



¿Y, Nippur? ¿Te ha gustado el combate?



Nurhas, eres un buen guerrero pero no es por ello que te admiro sino porque has establecido una frontera en tu alma y la sabes guardar.



Me miró con la risa burbujeándole en los ojos.

¿Quién es ahora la vieja mujer que busca marido, Nippur?



Vi combatir a los grandes del torneo, a los legendarios hombres de músculo y bronce. Vi a Oh, el negro, clavar los cuerpos en la arena con un gesto de fastidio.



Gaormentis, el terco, luchaba pesadamente, arrinconando a sus adversarios, cortándoles toda retirada y una vez allí, cuando no había escape de su tremenda maza...



Vi luchar a Nanamin, con los dientes enclavados y los labios llenos de espuma, desmelenado y rabioso, sordo y ciego a todo.



¿Con quién será tu próximo combate, Nurhas?



Con Kamaras.



Y no lejos...

¿Estás de acuerdo con nosotros, Oh? Con este oro vivirás como un rey por el resto de tu vida.



Acepto.

Perfecto. Ahora sólo nos queda una cosa por solucionar.



¿Has oído la noticia, Nippur?

No. ¿Cuál es?

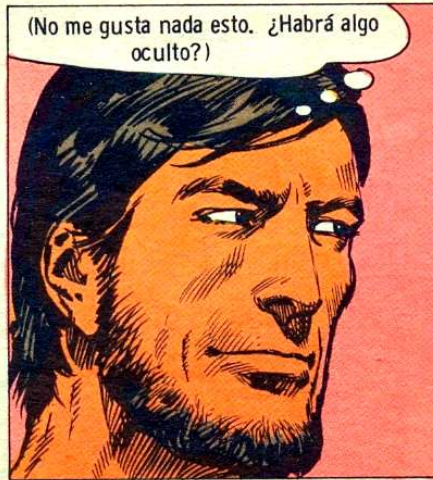


Se ha hecho una especie de lotería. El perdedor tendrá un combate especial..., y yo he sido el elegido.



Esto es extraño.

Hmmm.



(No me gusta nada esto. ¿Habrá algo oculto?)



Y ahora, la cumbre de este torneo. El guerrero Nurhas sostendrá un combate en el cual será ayudado por quien quiera hacerlo.



Y sus adversarios serán... Kamaras, señor de Ur, Nanamin, señor de Hatti...



El gran Gaormentis..., y Oh, de las tierras del dragón.



Dioses...



La trampa había sido perfectamente tendida. Allí estaban las cuatro siluetas tremendas y poderosas bajo el sol, formando un círculo de muerte alrededor de Nurhas.

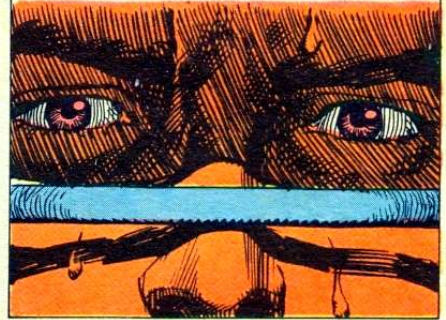
¿Quién ayudará al joven Nurhas?



Nadie se movió. Más de uno hubiera probado su suerte contra uno de aquellos luchadores pero ni el más absurdo delirio lo hubiera intentado contra los cuatro.



Y vi su rostro pálido, devorado por el sudor y el miedo. Ya no era un guerrero sino un niño que veía la muerte riendo a carcajadas ante él.



¡Yo!



Nippur...

Calla. Ahora no habrá tiempo para hablar, muchacho. Es mejor que nos preparemos.



Empuñé una maza. No iba a bromear en este combate y una furia terrible me dominaba. La sonrisa satisfecha de Bar-Am-Bar en su trono de madera me hacía hervir las entrañas.



Avanzaron con cautela hacia nosotros. Pude oler el aceite balsámico y el sudor. El sol estaba en el cenit y no había sombras que se extendieran.



Por un momento quedamos todos petrificados en el absoluto silencio sin sombras de la plaza.



Oh atacó...



... y tras él todos los demás. De pronto el aire se llenó de bronce y de piedra, y detrás de esa cortina de golpes se oía el gruñir de fiera de nuestros enemigos.



Un brazo se extendió hacia mí y...



¡Ahhh!

Mi... mi brazo... Está..., está roto...



Una espada se clavó en mi hombro. Otro filo silbó sobre mis costillas.

¡Eres nuestro!



Pero de pronto me incliné casi rozando el suelo y golpeé en semicírculo.



¡Aún no!

Mi pierna... No puedo...



En un relámpago Kamaras me debió ver.

¡No!



¡Ahhhhhhhh!



Casi al instante debí rodar por tierra para evitar el lanzazo que buscó mi cuerpo.



Oh me siguió rugiendo. Abandoné mi maza y...

Pero...





Su acre olor a animal de selva me abofeteó las narices. Aferré su tremendo corpachón y mi cuchillo buscó sus entrañas...



Nos detuvimos jadeando y observándonos. La sangre y el sudor corrían pesadamente humeando bajo el sol.



Nanamin empuñaba su arma con la mano izquierda y una gran palidez le blanqueaba el rostro. Tal vez sentía un aleteo siniestro cerca suyo.



Gaormentis seguía impassible y su enorme maza se columpiaba sin vacilaciones. Olfía a pelo, a sudor, a bruto, a peligro... A veces acariciaba la mano momificada como si fuera un fetiche.



Nurhas se tambaleaba. Estaba acribillado de heridas y yo dudaba que pudiera mantenerse en pie mucho más.



Por ello, de pronto tomé la lanza de Oh y la arrojé...



El intentó esquivarla, pero su brusco movimiento hizo saltar la mano que llevaba colgando sobre el pecho. Esta brincó como si de pronto tuviera vida y le golpeó el rostro, y lo distrajo un segundo.



Fue suficiente.



Pero...

Se desplomó pesadamente como una gran montaña que se disolviese.



No... No...



Y la mano momificada cubrió su rostro como en una última burla de alguien que muriera a sus manos muchas estaciones atrás y que hubiera conservado una fantasmal venganza cobijada en su espectro.



Bien. Quedo yo.



Lárgate.



¿Y tú cómo estás?

Pues..., el viento pasa a través mío sin detenerse, Nippur.



No te preocupes. No hay ninguna que sea terriblemente grave pero demorarás un poco en volver a tu aldea y en pavonearte con tu oro.



El oro es importante, Nippur, pero más importante es este recuerdo que cobijaré en mi pecho. El día en que el Incorruptible y yo luchamos hombro con hombro.



Pues abre bien los ojos y tendrás tiempo de cosechar otra anécdota.

¿Qué haces con ese garrote?



¿No creerás que Bar-Am-Bar no recibirá su parte? El quería un torneo que diera que hablar, ¡y lo tendrá!



Pero... ¡no puedes apalear a un rey!

¿Ah no? ¡Espera y verás, maldito sea!



Oh, dioses, lo va a...

Cuando el tercer garrotazo resonó en el anfiteatro. Nurhas se desmayó, débil por sus heridas, estremecido por sus carcajadas y agradecido por su fortuna.



NIPPUR DE LAGASH

# La Sacerdotisa

Por ROBIN WOOD

(€-118)

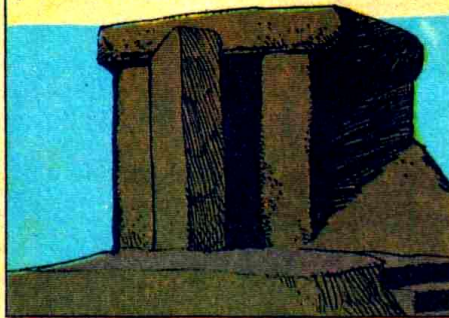


Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

En la mañana muy temprano abrieron la gran puerta de piedra de la celda subterránea del templo. Desde la plaza del pueblo se oyó perfectamente el rechinar de la piedra sobre la piedra y ese chirrido lanzó ondas de frío por las pieles. Todos sabían lo que significaba.



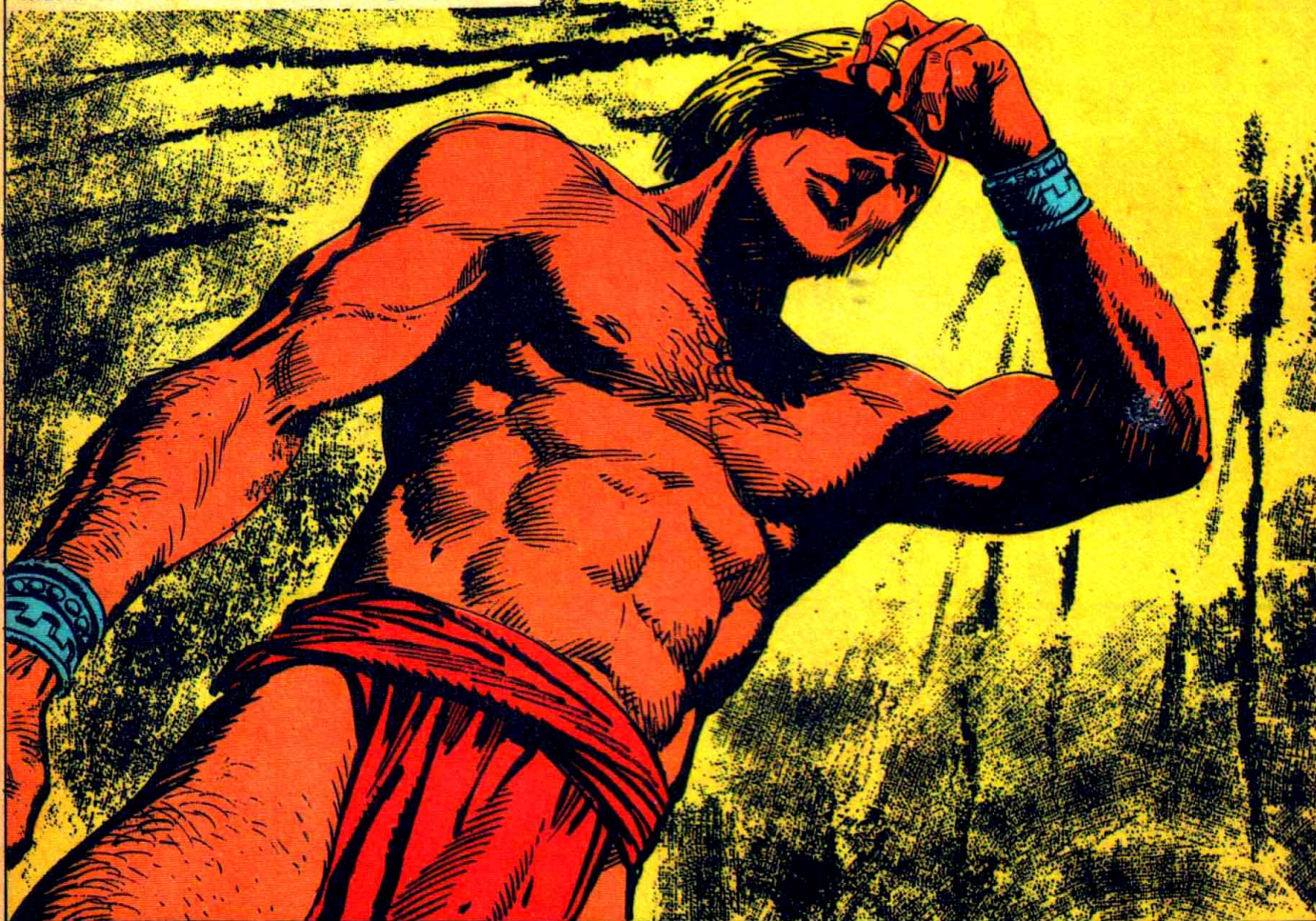
La pequeña puerta parecía un ojo negro en lo alto del templo, un ojo amenazador que observara al pueblo, una advertencia: "Pueblo, os observo. Cuidaos". Las corazas de los soldados parecían chispas de sol rodeándola en semicírculo.



Todo el mundo se había detenido en calles y plazas y todos habían alzado los ojos hacia aquella pequeña puerta en lo alto como si hubieran sido atrapados en un encantamiento. La ciudad quedó en silencio, un silencio profundo y frágil como una superficie de agua inmóvil.



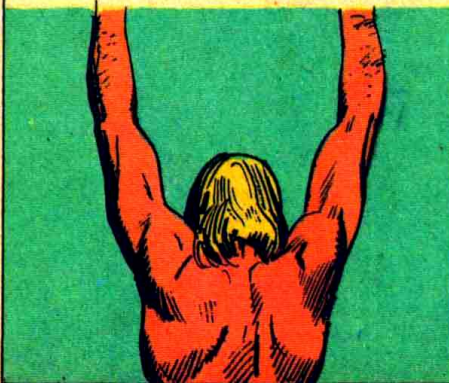
Inurim salió. Se detuvo un instante cegado por el sol.



Luego pudo ver por fin, enfocar la vista. Y vio el pueblo, y vio la multitud silenciosa que aguardaba en las calles, y vio los guardias templarios con sus uniformes rojos y comprendió el por qué de ese aire de fiesta que envolvía a la ciudad.



Y rabiosamente burlón alzó los brazos, imitando a los triunfadores de las carreras de carros y saludó al pueblo.



Un murmullo de rencor se alzó de la multitud...

¡El perro...! ¡Nos desaffa!



Deja que baje esa escalera. Deja que los sacerdotes nos lo entreguen.

¿Qué esperan?



¡Dios es...! ¡Qué hermoso es!

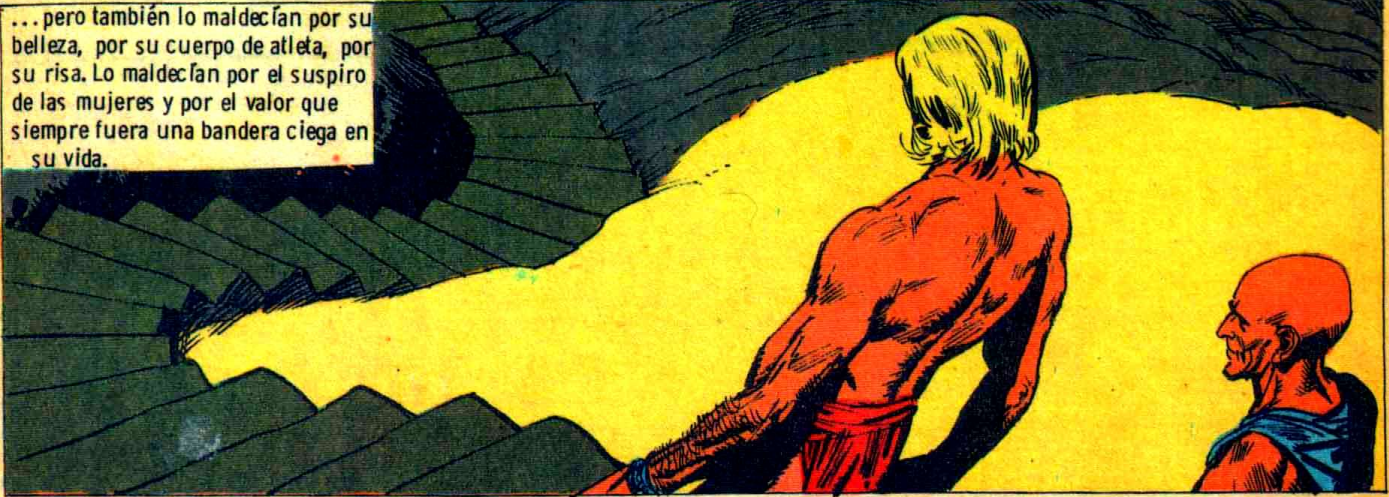
Ese cuerpo es un presente de los dioses.



Yo oía el rumor colérico de la muchedumbre, el rumor estúpido y creciente y oía sus voces de odio que condenaban y maldecían a Inurim. Lo maldecían por su crimen...



... pero también lo maldecían por su belleza, por su cuerpo de atleta, por su risa. Lo maldecían por el suspiro de las mujeres y por el valor que siempre fuera una bandera ciega en su vida.



Y las mujeres lo injuriaban y lo aborrecían porque dentro de ellas mismas hubieran deseado acariciar ese cuerpo formidable o esos cabellos sedosos. Odiaban aquello que no tendrían.



Inurim me vio. Cambiamos una larga mirada.



Avanzaban en grupo por el sendero polvoriento; a esa distancia oí el tintineo de sus espaldas y ví las lanzas en alto como un bosque de espigas.

(Hombres de guerra...)



Luego comenzó a bajar las escalinatas hacia la multitud que bramaba como un río.



(Deben ser los mercenarios que alquilaron los hombres de Ur para su protección contra los hombres de Luggal-Zaggizi.)



Inurim venía al frente y no parecía uno de esos clásicos hombres de guerra que yo viera en tantos caminos. Vestía totalmente de negro y tenía un rostro tautado de melancolía y dureza, algo así como el grabado de un bronce de combate.



¿Eres de Ur, forastero?

No pero allí voy. Soy un viajero. ¿Y tú?

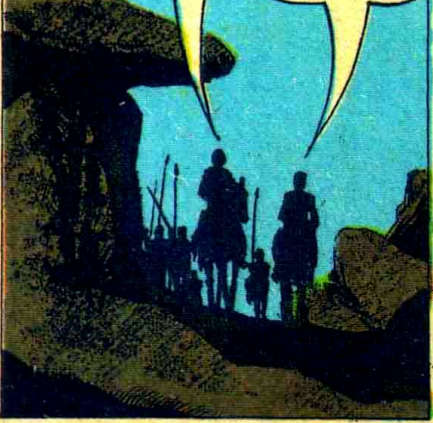


Yo soy hombre de músculos de oro. O por lo menos que se mueven por oro.

Compartamos el camino entonces. He hecho varios días de desierto y no me molestaría hablar con alguien.



¿Cómo te llamas? Nippur. Nippur de Lagash.



No apartó la vista del camino. Montaba con esa perfecta comodidad de los que acostumbran a pasar la mayor parte de su vida sobre un caballo. Me habló como al descuido.

¿Qué hace el incorruptible por estas tierras?



¿Qué puede hacer cualquiera? Pasar por ellas.



¿Buscas oro, incorruptible? En mi grupo siempre hay lugar para un guerrero de tu valía. El oro se cosecha fácil con espadas.

Lo sé. Y sé también que muchos segadores nunca pueden ver el fin de la cosecha.



Bah. Si hubiera algo por qué vivir. Si hubiera una razón, pero ¿qué importancia tiene la cosecha si no hay nada que nos empuje a ver su final?



Eran palabras extrañas en la boca de un guerrero. Inurim seguía mirando el polvo del camino y de pronto me pregunté cuántos caminos polvorientos habría él mirado así, buscando algo entre el polvaredal y el calor.



La gente nos miró entrar sin una voz, y el eco de nuestros caballos ahogó los rumores. Los hombres de las ciudades, los comerciantes, los artesanos, todos ellos necesitan a los hombres de guerra pero no quiere decir que los aprecian. ¿Aprecia acaso el campesino el veneno que le sirve para deshacerse de las alimañas?



Los notables de la ciudad los esperaban en la gran plaza frente al templo, encaramado sobre un roquedal como un águila de piedra acechando y protegiendo a la ciudad. Había profusión de oro y dignidad de un lado, y profusión de bronce y efectividad del otro.



Aquí te dejo, Inurim. Tal vez nos veremos luego.

Nos veremos, Nippur. Me ha gustado tu compañía. Tú estás cansado de hablar con el polvo y yo estoy cansado de hablar con hombres de cerebros de bronce.



Los dioses te bendigan, Inurim, señor de las batallas. Ur te da la bienvenida.



Inurim sonrió sarcásticamente. Conocía la amabilidad de los que le pagaban. Más tarde vendrían los sordidos regateos, las deslealtades, tal vez la traición, las eternas monedas de pago de los mercenarios.



Te agradezco, anciano.

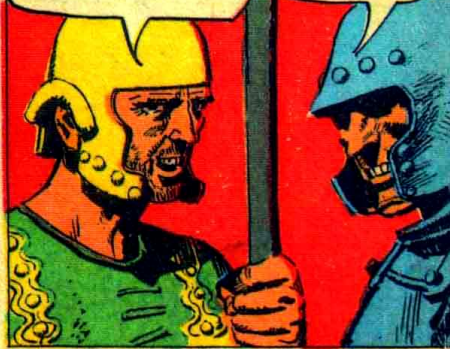
Ven. Iremos al templo a sacrificar a Samás, y a los jueces del País sin Regreso para que la suerte nos acompañe.



El anciano ignoró diplomáticamente los resoplidos de fastidio de los mercenarios.

Queremos vino y comida, no idioteces.

Y mujeres.



Mis hombres esperarán aquí, anciano. No son muy dedicados a la oración. Ellos tienen deidades de dos filos y de tripas hambrientas. Yo iré contigo a sacrificar.



El templo en lo alto de la montaña estaba fresco y silencioso, y el rumor de los pies descalzos y de las sandalias se esparció a lo largo de las grandes salas de piedra. Un rumor de agua sobre piedra llegó desde alguna parte.



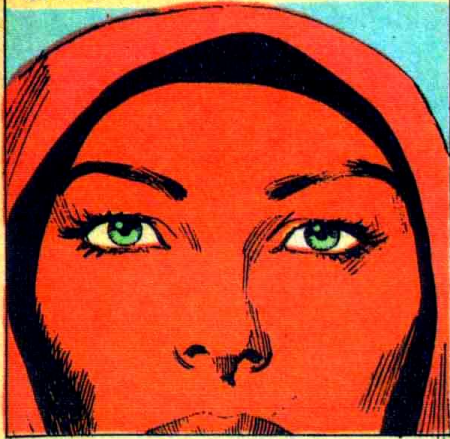
Entonces Inurim vio a la sacerdotisa, de pie sobre los grandes escalones de piedra que llevaban al orificio del techo por donde penetraba la luz de Samás, el padre-sol.



Inurim se fue acercando poco a poco y algo extraño empezó a agitarse en él. Se fue acercando poco a poco a aquella silueta delgada e inmóvil bañada por la luz del sol.



Y de pronto sus ojos se encontraron con los de ella.



Un gran silencio pareció de pronto caer sobre el alma de Inurim, uno de esos silencios en los cuales zozobra la razón. Clavaba sus ojos en aquellos otros ojos que no se apartaban de él en ningún momento.



(Mujer o sacerdotisa... ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás en mi camino?)



Ella seguía mirándolo. El avanzó un paso haciendo retumbar las losas de piedra con sus pesadas sandalias de guerra. Entonces ella habló y su voz cortó el aire silencioso con un rumor de oro...

Acércate, hombre de guerra. Acércate tú que defenderás las murallas de Ur.



Los dioses han enviado su palabra y han enviado su mensaje. Cuida nuestra ciudad, cuida el fruto de nuestros campos. Hombre de guerra, en tus manos despositamos la confianza del pueblo y de sus dioses.



Inurim oyó poco y nada de todo esto. El seguía sumergido en aquellos ojos insondables que no se apartaban de los de él como si también estuvieran atrapados por alguna magia inclemente...

(Mujer... ¿Quién eres?)



Y de pronto sintió los dedos fríos de ella apoyarse en su frente en la bendición del templo y un absurdo y loco deseo de tomar esa mano y dejar descansar su mejilla sobre ella lo dominó...



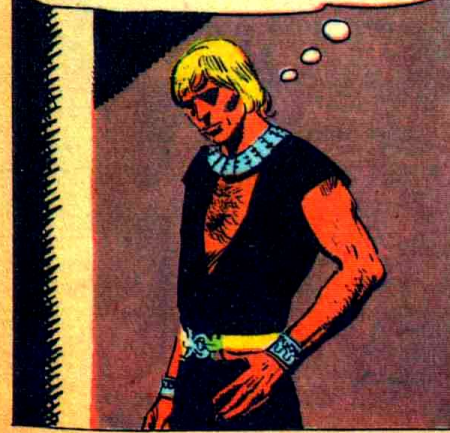
Y de pronto ella ya no estaba más allí y sólo cimbreaaba ante él la luz del sol penetrando a través del hueco en el techo, esa luz divina de la ciudad ante la cual, él, el mercenario, estaba de rodillas angustiado con una extraña y dulce angustia...



(¿Quién es esta mujer? ¿Qué es esa magia que hay en sus ojos? Había mensaje en ellos... Lo sé... Lo he sentido...)



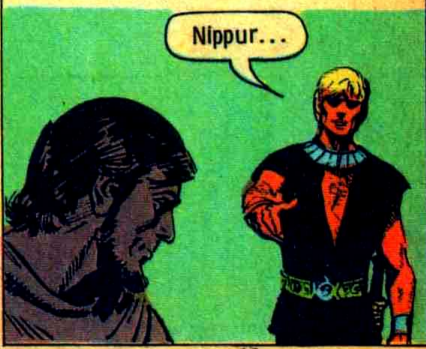
(Debo hablar con alguien... Necesito hablar de esto... Pero, ¿con quién?)



(El... ¿Quién otro?)



Lo tuve ante mí al anoche y supe que algo ocurría. Lo supe en sus ojos desorientados y su inseguridad. He visto niños con esa expresión cuando deben enfrentar la noche oscura...



Nippur, he hallado un misterio, un misterio que me acongoja. Alguien me ha dado un mensaje.



Cuéntame.



Me lo contó.

Cuídate. Cuídate mucho, Inurim. Tú sabes el espantoso castigo que puede caer sobre alguien que intente algo contra un ser de los templos. Son intocables.



Se rió y supe en lo que estaba pensando.

¿Has visto los templos devorados por el fuego, Nippur? ¿Has oído los alaridos de los sacerdotes al ser empalados en las lanzas? Yo he visto a los soldados jugar con las cabezas de las criaturas de Samás.



Cuídate, Inurim. Cuídate.



No quiero cuidarme. Quiero volver a mirarme en sus ojos. Sé que en ellos está lo que he buscado toda mi vida. Y ella me ha hablado sin hablar. Lo sé. Lo siento.



Lo sé. Lo sé. Lo sé.



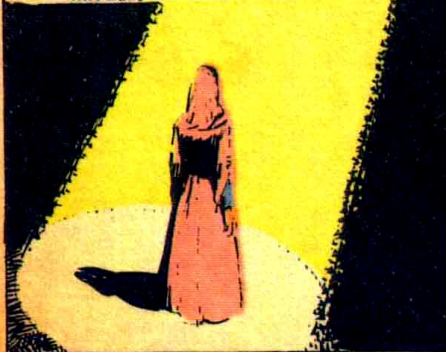
En los días que siguieron los mercenarios instalaron su campamento en las murallas de la ciudad y con precisión nacida de la práctica repararon las defensas y disciplinaron a las lamentables milicias de la ciudad.



Inurim iba todos los días al templo y en él parecía sumirse en una profunda meditación. Los sacerdotes de cabezas afeitadas se sorprendían ante su piedad.



Y la sacerdotisa, inmóvil junto al rayo de sol que la doraba, clavaba en él sus maravillosos ojos, y todo aquello que Inurim no podía decir con la lengua se lo decía con la mirada.



Y el guerrero de las mil batallas languidecía ante sus ojos. Los sacerdotes lo observaban de lejos y se encogían de hombros, y creían que una gran culpa lo empujaba a esta comunión silenciosa con los dioses.



Lo encontré cuatro soles más tarde en la taberna. Silencioso y delgado, parecía consumido por un tremendo fuego que le devorara las entrañas. Se me acercó.

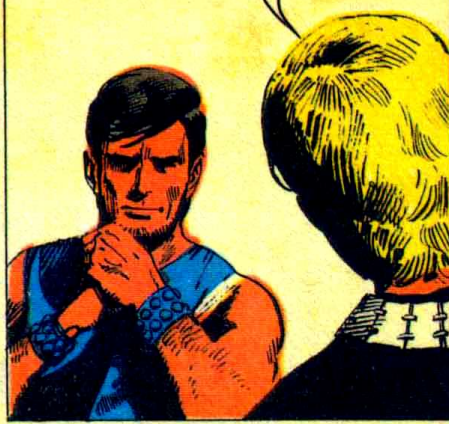


Los dioses te envían, Nippur.

Nippur, necesito ayuda y no puedo contar con nadie...



...excepto contigo.



No me gustó su aspecto. Era el de un hombre que estando frente a un abismo decide franquearlo de un salto. Habría perdido su impassibilidad y parecía muy joven y muy confuso.

Habla.



Voy a raptarla. Voy a huir con ella.



¡Estás loco! ¿Sabes lo que dices?

Lo sé y ya está decidido. La raptaré esta noche.



¿Ella está de acuerdo?

No hemos podido hablar porque siempre nos rodean los sacerdotes pero sé leer en sus ojos y ella lee en los míos. Ella vendrá.



¿Me ayudarás, Nippur? Necesitaré alguien que cuide mis caballos.



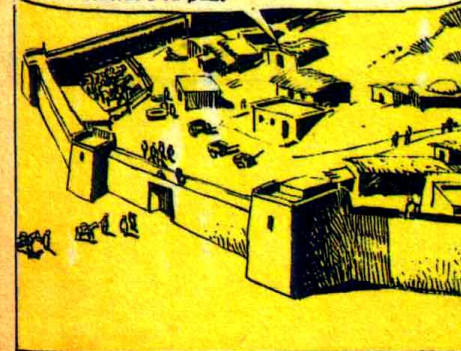
No, Inurim. No puedo ayudarte. Soy hombre que arriesga mucho cuando hay una razón pero todo esto huele a locura y a error. Y a mí no me gusta batirme por un error.



¿Un error? Ah, Nippur, si supieras cuántas batallas he visto, cuánta sangre, cuánto horror. Toda mi vida sólo está llena del bramido de los ejércitos y del aullar de los heridos. En mis noches oigo el fuego que abrasa las ciudades y el relincho de los caballos destripados.



Pero no desde que la he visto. No desde que sus ojos me han mirado. No desde que así, sin palabras, sólo con un lenguaje de miradas he comprendido que sólo junto a ella hallaré la paz.



¿Me ayudarás?



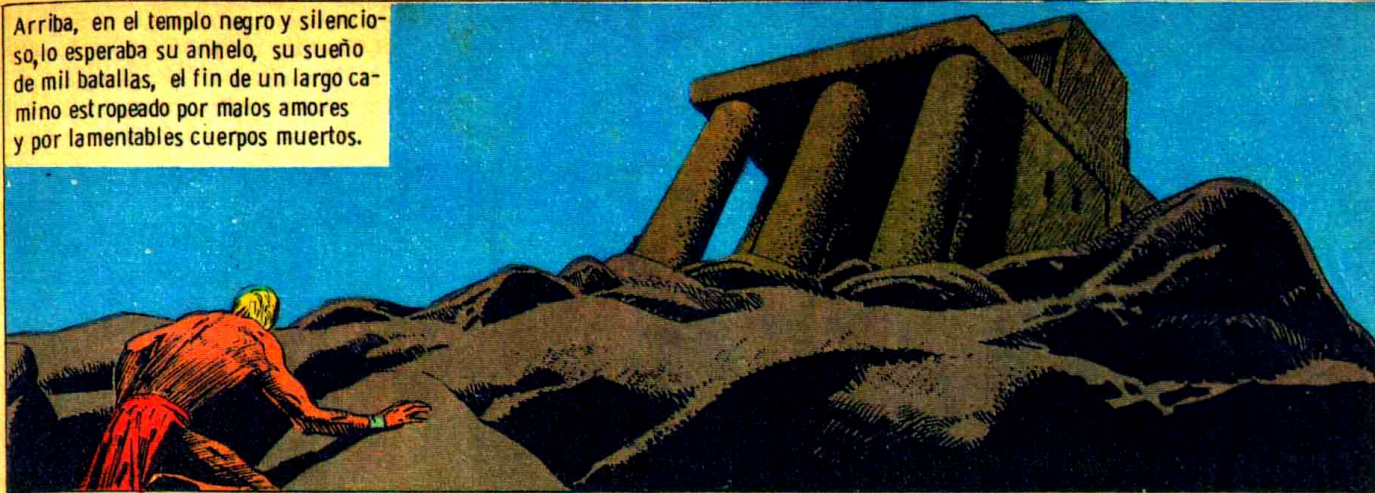
Lo siento. No.



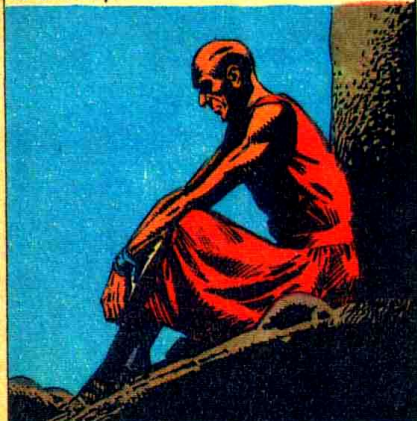
Esa noche no había luna. Inurim se deslizó rocas arriba, con una correa de cuero en un puño y bien petrechada la cintura. Su corazón golpeaba salvajemente en la prisión de su pecho como un pájaro que buscara huir.



Arriba, en el templo negro y silencioso, lo esperaba su anhelo, su sueño de mil batallas, el fin de un largo camino estropeado por malos amores y por lamentables cuerpos muertos.



Un sacerdote estaba sentado en la puerta del templo.



(Ya es muy tarde para volver atrás. Mujer, allí voy.)



Hubo un revoloteo de mantos y de muerte, y un sorprendente gruñido de horror.



(Es muy tarde para volver atrás.)



(Es muy tarde. Adelante...)



Pero...



¡Ahhhhh!



(¿Dónde está ella?)



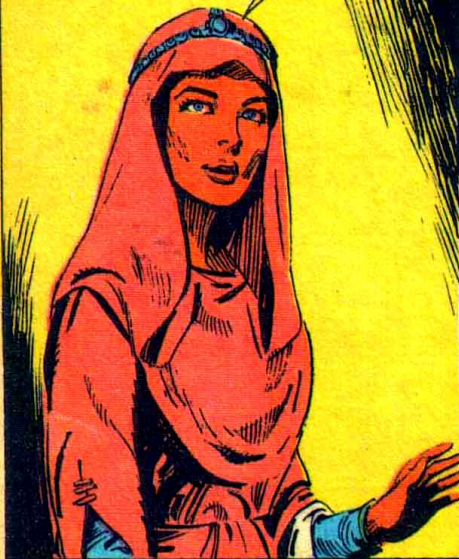
Marchó a través de las salas del templo dejando rojas marcas a su paso con sus sandalias ensangrentadas. Un sudor viscoso y frío le erizaba la piel. Todo estaba callado.



Y de pronto vio la silueta esbelta, de pie ante la gran entrada de luna. La vio allí, blanca y plateada, como si fuera una joya, y corrió hacia ella con ansia de su voz, con ansia de sus ojos.



¿Quién es? ¿Quién está en el templo?



Soy yo, mujer. Soy yo. He venido a buscarte.



Los inmensos ojos claros se volvieron a él y la voz sonó insegura.

No entiendo. ¿Quién eres? ¿De qué hablas?



Inurim vaciló. Se acercó un poco buscando palabras. Algo había que no entendía, algo que...



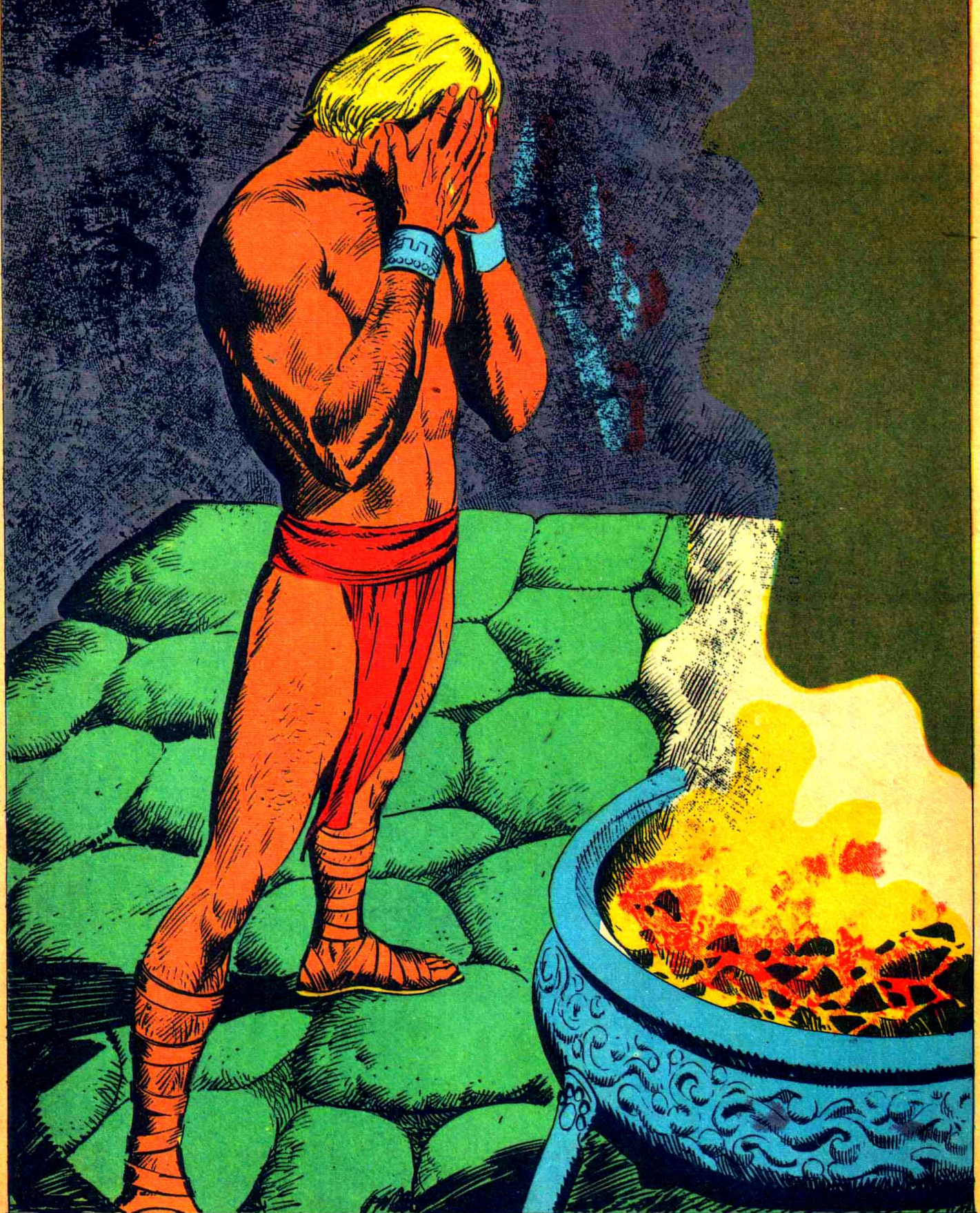
Se acercó un poco más. La mujer no se movía. Con los ojos muy abiertos esperaba. Extendió una mano.



Y de pronto Inurim comprendió.



Por un instante quedó inmóvil, helado como si un dedo mágico lo hubiera convertido en piedra. . . Y de pronto comenzó a refr. . . suavemente al principio. . .



Luego más y más fuerte, y por fin con una risa demente y salvaje que, más que una risa, parecía el alarido de un animal salvaje al que hubieran herido de muerte.



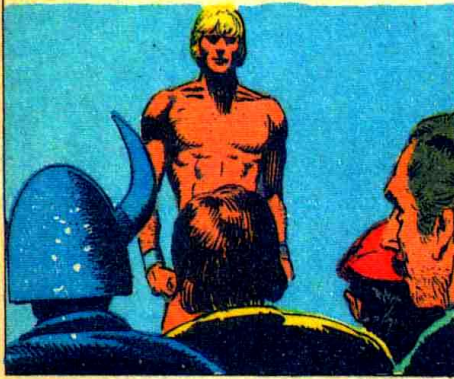
Cayó de rodillas estremecido por su terrible carcajada y siguió riendo como si esa risa atroz fuera un animal que lo dominara. Y de pronto su risa se convirtió en un sollozo, un sollozo moribundo.



Así lo hallaron los sacerdotes y los guardias que llegaron siguiendo las huellas sangrientas de su paso.



Se detuvo al pie de las grandes escalinatas y observó al pueblo. Su gesto de desdén era imponente, y pensé en todos los hombres de armas que debieron temblar ante él.



Pero ahora él tenía las manos vacías, una condena encima y un populacho que lo odiaba por ser quien era y porque todos ellos hubieran querido ser un poco como él.



La primera piedra se estrelló contra él y le destrozó el rostro. Un rugido de aprobación brotó de la multitud.



Otra piedra lo hirió. Y otra. Y otra. El aire se oscureció, y una lluvia de granizo y pedregullo lo golpeó de todos lados.



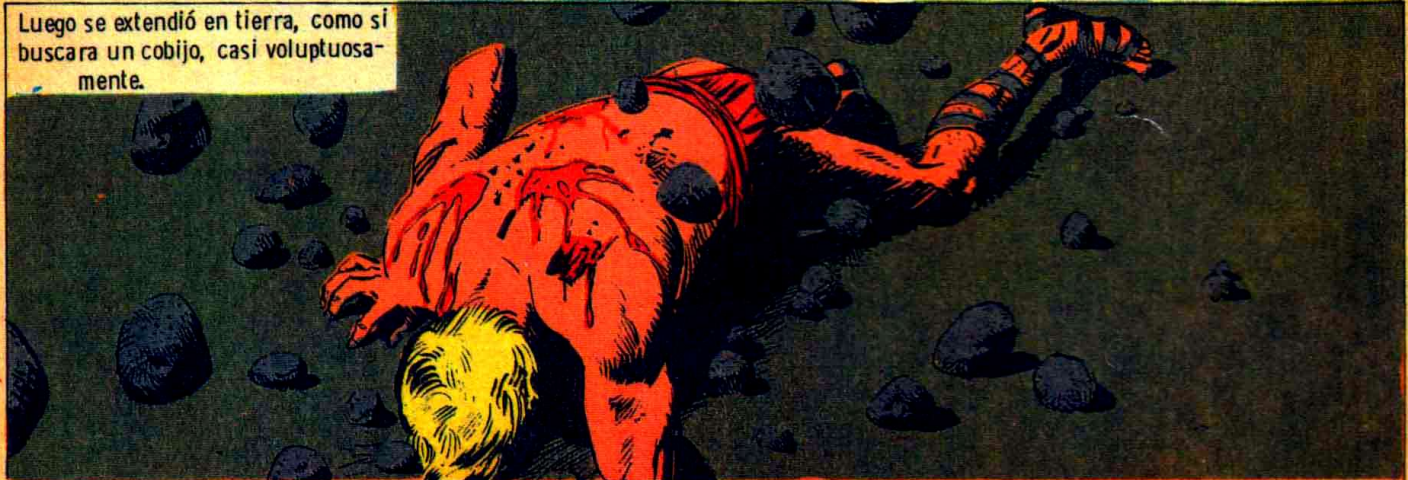
La multitud rugía delirante y las piedras no cesaban. Eran cada vez más grandes y arrojadas con más fuerza, como si el odio que las animaba multiplicara sus fuerzas. Y aquel odio que no ponían en sus piedras lo ponían en sus lenguas, y le aullaban horrores, y le vaticinaban las torturas de un más allá maldito.



La ciudad temblaba y bramaba. El cayó de rodillas. Ya había poco para reconocer en él.



Luego se extendió en tierra, como si buscara un cobijo, casi voluptuosamente.



Poco a poco las piedras cesaron. Llegó un momento en que se oyeron nítidamente caer las últimas. Luego hubo silencio.

Bien..., se acabó.

Sí. Se lo mereció después del todo.



La embriaguez había pasado, y lentamente, casi avergonzados, hombres y mujeres se apartaron de la plaza evitando mirar el guñapo rojo semicubierto por las piedras. El monstruo se había disuelto y otra vez volvían a ser personas.

Debo cocinar. Volvamos.

Sí..., y yo iré a ver los sembrados.



No me acerqué al cuerpo. Seguí sentado aparte y vi cómo los sacerdotes lo recogían.



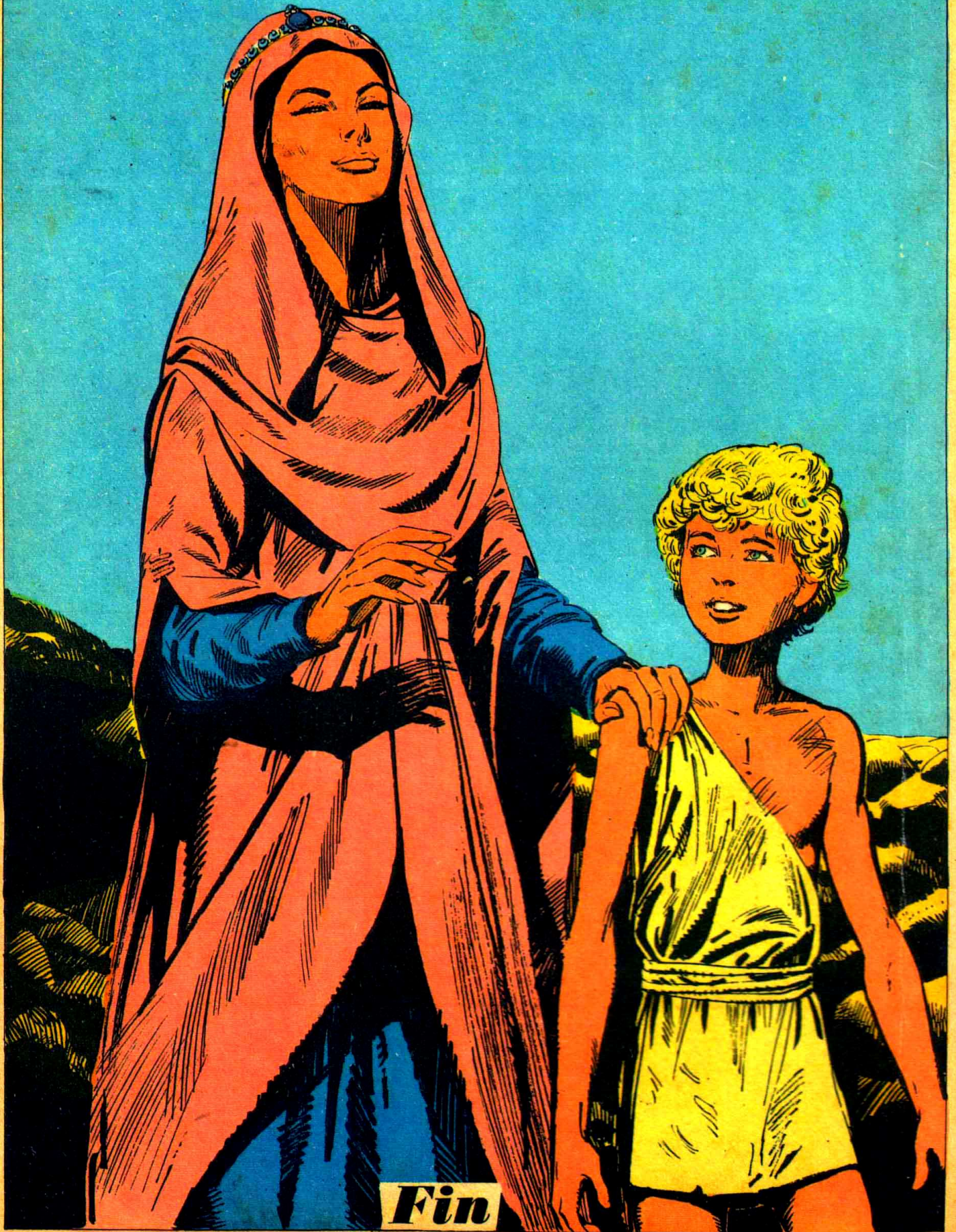
De pronto alcé la vista... y la vi.



Ella estaba de pie en lo alto de las escalinatas, con su mano derecha apoyada en el hombro de un niño. No miraba abajo sino al horizonte. Miraba a cualquier parte porque cualquier parte era lo mismo para ella.



El sol día de lleno en sus maravillosos ojos sin que ella parpadeara. Sonrió suavemente bajo la caricia del astro y entrecerró placenteramente sus ojos, sus extraordinarios, sus claros, sus ciegos ojos.



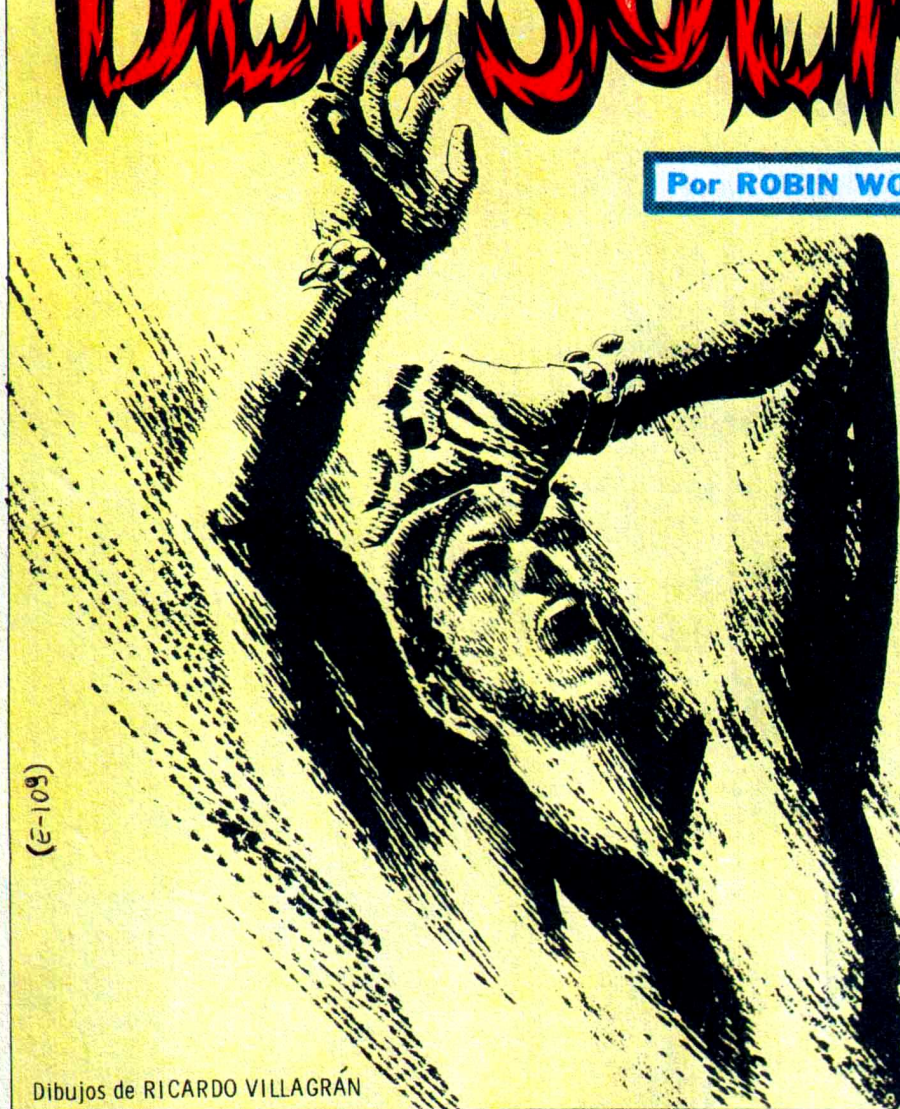
**Fin**

NIPPUR DE LAGASH

# LA NEGRA HOGUERA DEL SUEÑO

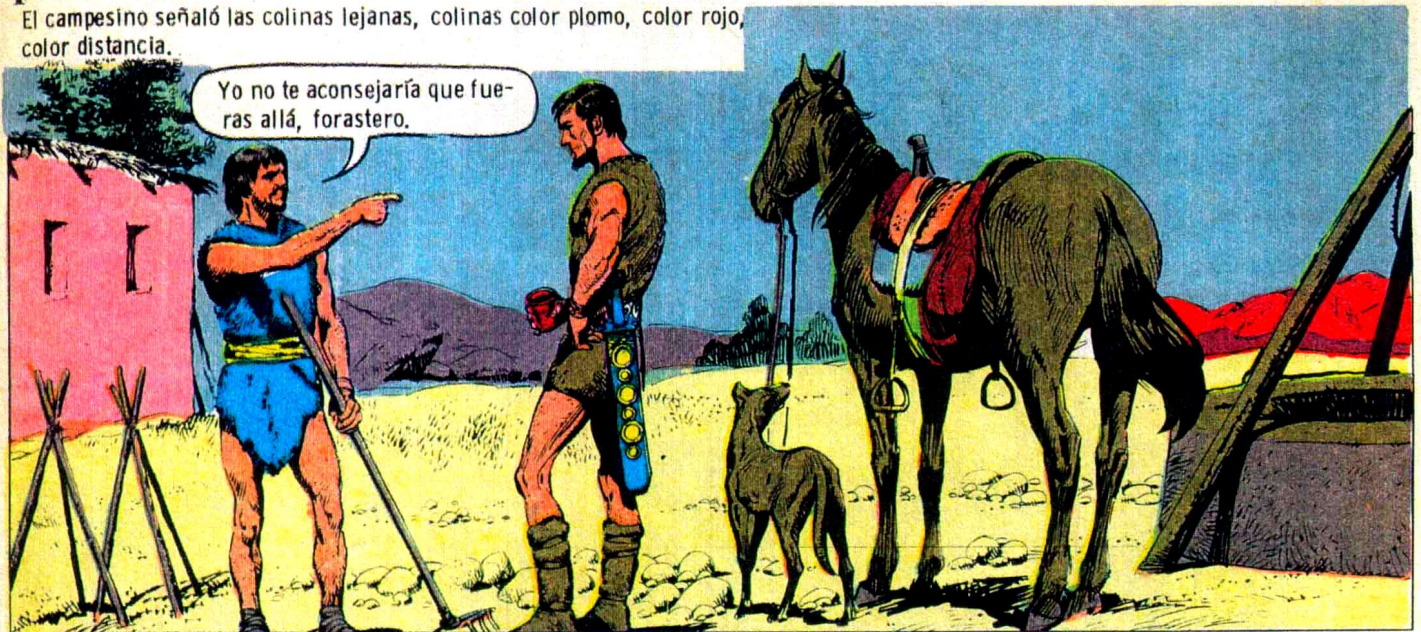


Por **ROBIN WOOD**



(E-109)

El campesino señaló las colinas lejanas, colinas color plomo, color rojo, color distancia.



Yo no te aconsejaría que fueras allá, forastero.



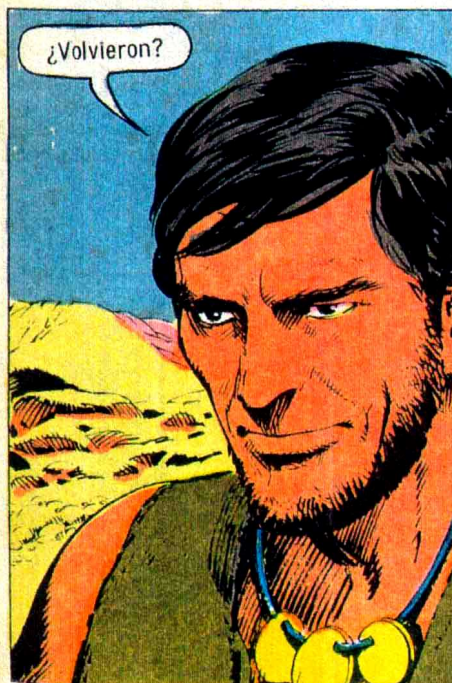
¿Por qué no? ¿Hay bandidos?

Se rió.

¿Qué puede temer un hombre de tu talla en los bandidos? Si yo tuviera tu cuerpo y tu espada sería guerrero de un gran señor y me pasearía con collares de oro ante las muchachas.



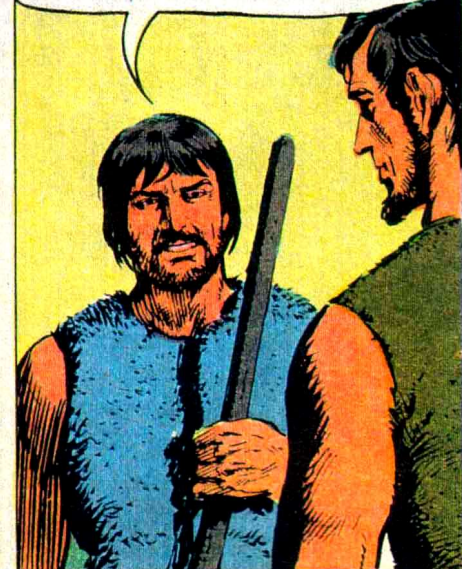
No. No hay bandidos. No hay nadie allí. Es una región extraña. Es una región donde muchos hombres fueron.



¿Volvieron?

Sacudió la cabeza.

No. Murieron sin heridas. Mientras dormían... tal vez es una enfermedad.



No. Yo no iría a esa región...

Me miró y me sonrió con una sabiduría de dientes amarillos.

... pero tú irás.



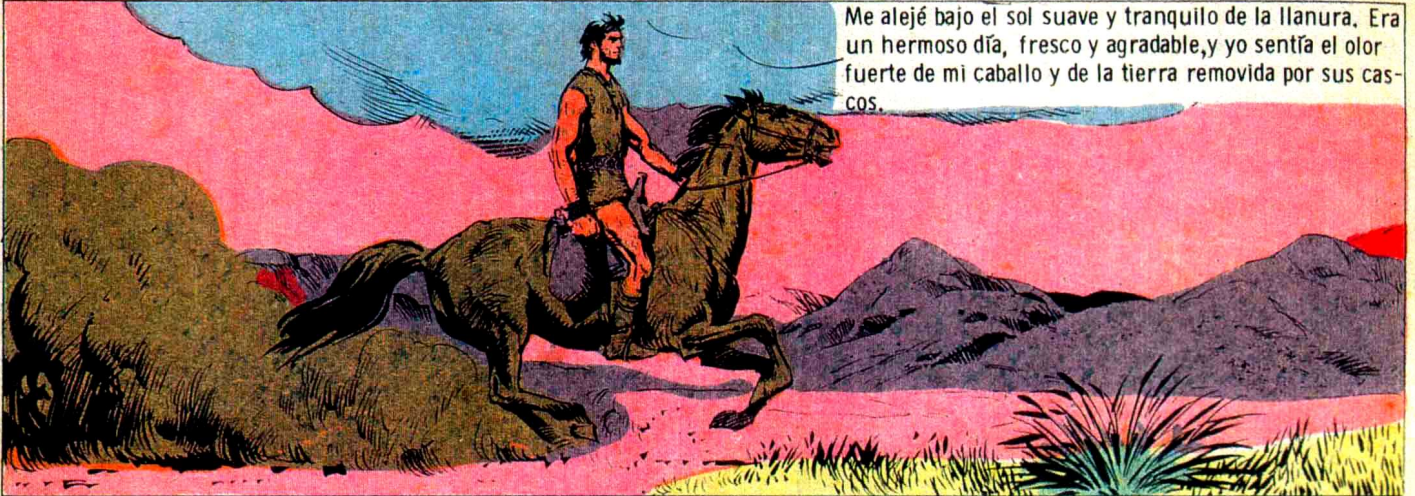
Sí. El lo sabía y yo también. No pensaba yo en desafiar a nada pero seguí con mis ojos clavados en aquella lejanía parda y roja, y en esos contrafuertes pétreos.

Sí. Iré.



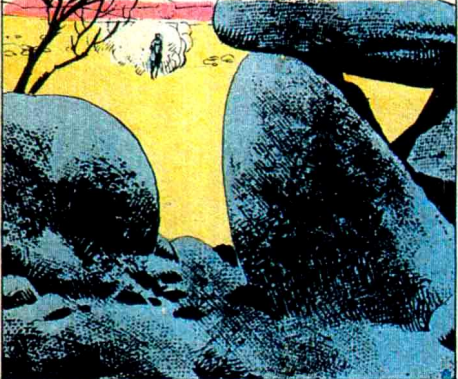
Buena suerte, guerrero.

Buena suerte, campesino.

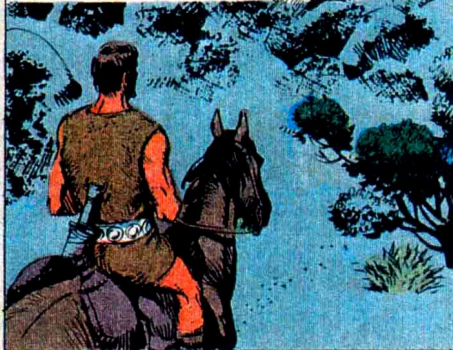


Me alejé bajo el sol suave y tranquilo de la llanura. Era un hermoso día, fresco y agradable, y yo sentía el olor fuerte de mi caballo y de la tierra removida por sus cascos.

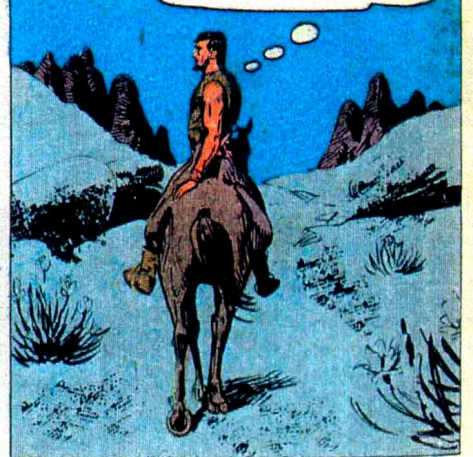
Los contrafuertes de piedra me miraron acercarme, como si me acecharan, meditativamente. No había pájaros en el aire. No había animales en la llanura.



Un gran silencio reinaba. Un silencio total, absoluto. El viento parecía haberse dormido entre las ramas de los arbustos o simplemente nunca había soplado allí, excluido de ese mundo de silencio.



(Pasaré la noche aquí...)



Grandes flores blancas se abrían suavemente y un perfume dulzón y fragante embalsamaba el aire inmóvil. Mi caballo parecía adormecido. Todo el universo estaba petrificado.

(Qué extraño es todo aquí.)

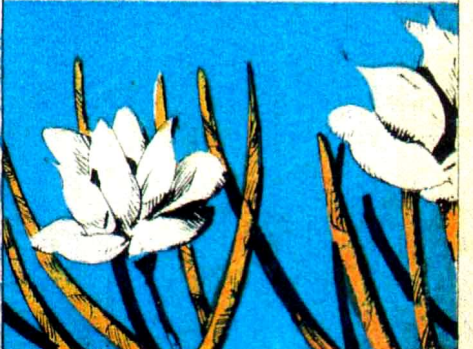


Hice una pequeña hoguera y hasta el fuego me pareció lánguido y leve. Me sentía desganado y adormecido y una gran melancolía se adueñaba de mí. No tenía hambre.

(Quiero dormir...)



Las flores embalsamaban el aire y casi costaba respirar a causa de su perfume. El fuego se deshizo en una voluta de humo y todo fue silencio y quietud. Nunca creí que existiera un silencio tal.



Me dormí.



Las grandes flores blancas apuntaban inmóviles al cielo. Su fragancia parecía fundirse con el aire petrificado.



De pronto abrí los ojos.



Me sonrieron. Parecían un reflejo uno del otro, de tal manera actuaban al unísono. Nunca había visto yo dos niños tan hermosos. Hablaban casi al instante y yo no estaba muy seguro de quién lo hacía primero.



¿Quiénes sois?

Yo soy Ram y él es Mar. Oímos el crepitar de fuego y vinimos a verte.



Me sonrieron. Tenían maravillosos ojos pálidos y sus pieles eran tan tersas que casi parecían transparentes.

Te llamas Nippur, ¿verdad?

¿Cómo lo sabes?



No me contestó. Cambiaron una mirada entre ellos y me tomaron de las manos.

Ven. Te llevaremos a ver el valle.





¿Alguien más vive aquí?

Oh, sí. Hay muchos.

Mira. Allí está Osías, el jorobado. Hace mover las rocas solamente con la fuerza de sus ojos. No mira a los hombres porque ve sus muertes dentro de ellos.

Extraña gente. ¿De dónde vienen?

Un sordo bramido llegó desde alguna parte. Los niños sonrieron.

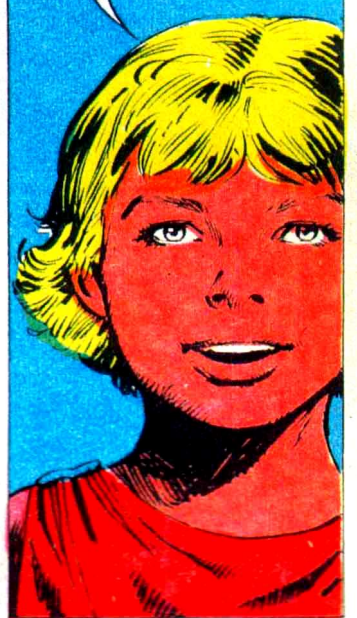
¿Quién es Oris?

Una fuerza oscura, Nippur.

Ese es Oris en su caverna. Sigue intentando salir. Si lo consiguiera sería muy triste.



Oh. De todas partes.



Mi cabeza parecía hueca y no conseguía coordinar ninguna idea lógica. El aire estaba fragante y veía gente paseándose entre las rocas. A veces oía una risita.

Ah. Allí está Ara.

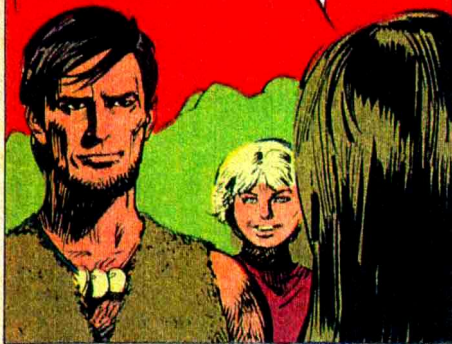
¿Este es Nippur?

Sí, Ara. Lo llevamos a ver al Anciano.



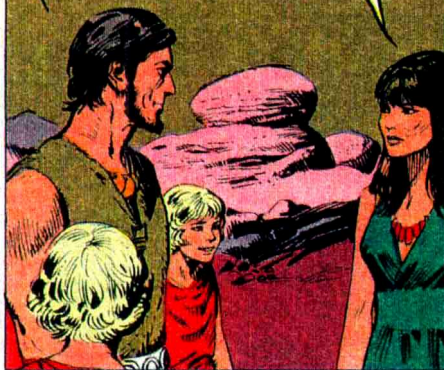
¿Me esperaban? ¿Cómo saben mi nombre?

Oh... Lo sabíamos... Muchas veces hemos estado contigo.



¿Conmigo? Nunca te había visto antes.

Oh, sí. Muchas veces, Nippur.



Abrió los dedos de su mano maravillosa y se cubrió con ellos el rostro.

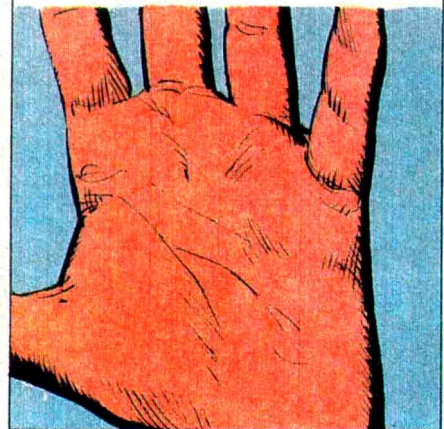
Mira. ¿Me reconoces?



Y cuando su mano se apartó vi el rostro delgado y hierático de Karlen, la amazona. Di un paso hacia ella estupefacto.



Pero ya su mano pálida había cubierto otra vez su rostro.



Y de pronto el rostro de Nofretamón estaba ante mí, bello y blanco asomándose desde los abismos de su muerte.



Y otra vez la mano cruzó ante su rostro y la sonrisa de Ara resplandeció tras la cortina descorrida de sus dedos.

¿Ves que muchas veces he estado contigo, Nippur?



Pero... ¿quiénes sois? ¿Qué es esto?

Ven, Nippur. Ven.



Mira. Allí está el Anciano. Ven. El querrá verte.



¡Por los dioses! ¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Dónde estoy?



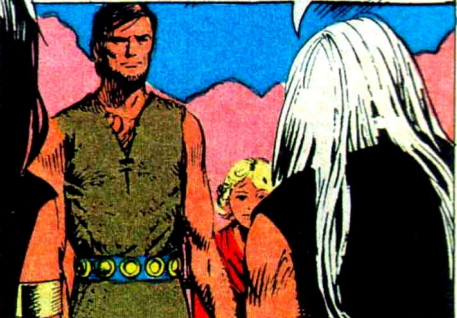
Sus grandes ojos globulosos se levantaron pesadamente hasta mí y enmudecí. Esos eran ojos extraños, ojos como abismos de sombra, ojos que contenían en ellos las vidas de todos los hombres que existieran antes y después de los tiempos.

¿Qué ocurre, Nippur? ¿Te estás haciendo preguntas?



Sí... y quiero respuestas.

Eso es mucho pedir, Nippur. Respuestas. ¿Hay una joya más difícil de hallar? Respuestas. ¿Quién eres tú para preguntar? Eres tan sólo un hombre, Nippur...



Sonrió sardónicamente...

... pero eres un buen hombre. Tal vez por ello te responderé. ¿Qué quieres saber?

Ellos..., ¿qué o quiénes son?

Muéstrale, Ram. Muéstrale, Mar.

Me sonrieron. Uno de ellos tenía un pajarillo en sus manos.

Mira.

Los dos niños seguían sonriéndome. Un escalofrío me corrió por las venas.

Son la crueldad, Nippur. Y al mismo tiempo son el miedo. Ambas cosas van generalmente unidas. Ambas cosas se engendran una a otra.

¿Y ella?

Ella es el anhelo. Ella es la mujer con la que sueñas. Ella es la madre que aguarda su niño y crea rostros en su imaginación. Ella es el puerto que ve el marino en su mar.

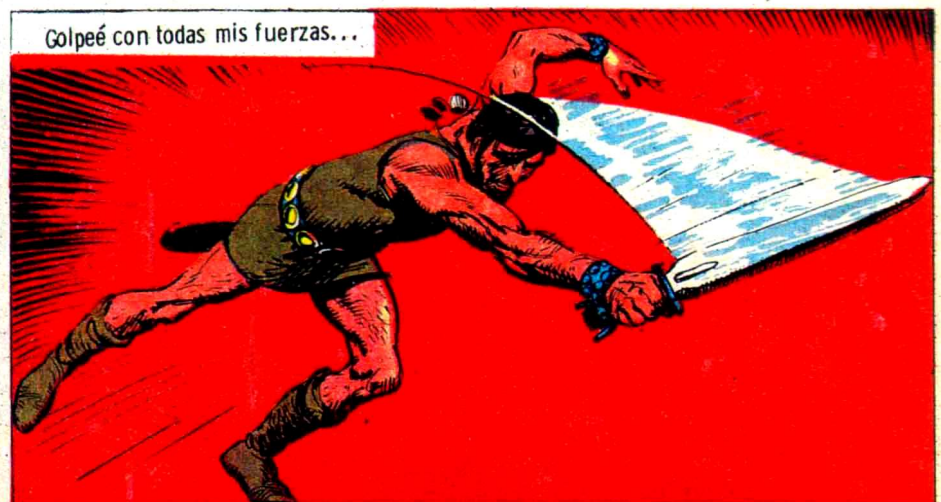
Hablas mucho de sueños. Dime, ¿estoy despierto?

Estar despierto. ¿Qué es? ¿Cómo sabes que tu vida no es otra cosa que un largo sueño del que pasarás a otro, y luego a otro, como un pájaro vuela de árbol a árbol?

¿Y quién eres tú?

Un bramido llegó a mis espaldas. Sentí que había un olor a podredumbre a mi alrededor.

¿Qué es eso?





Ah, Nippur, mira qué poco valor tiene la potencia de los músculos y la soberbia. Mira. Mira qué poco peso tiene tu fuerza, que es leyenda en los mundos conocidos.



Oña risas a mi alrededor y sombras excitadas saltaban y se burlaban.



Esta vez hubo un brillo rojizo en los ojos del anciano y su boca se torció en un gesto duro.

¿Por qué? Porque tú sigues viviendo en un mundo al que nosotros no pertenecemos más. Porque tú aún tienes tus anhelos, tus odios, tus amores y tu imperfección mientras que nosotros sólo somos sombras.



Pero en la noche y en las hogueras de tus pensamientos somos tus amos. Nuestro reino diario es efímero y débil, pero hoy tú has entrado en nuestro mundo. Hoy eres nuestro.



Y hoy tú tienes tu efímera vida que perder y nosotros no. ¿Tiemblas, hombre de Lagash?



¡Ahora temblarás! ¡Mira!



Avanzaron hacia mí con muecas feroces. Frutos de un mundo de pesadilla. Frutos del más cruel de los delirios...



Y chillaban salvajemente, y los demás reían a carcajadas, y el estruendo hacía estallar mis tímpanos, y mi pobre cuerpo centenariano no podía moverse, y la horda atroz avanzaba hacia mí.





La risa estremeció al Anciano y sus ojos se volvieron más crueles que nunca.



Volví hacia él con pesadez mi cabeza. Ne-  
gué.



No... No, Anciano... No temo... ¿Por qué habría de temer? Sólo siento compasión.

¿Compasión? ¿Por quién?



Por ti... Por ellos... Por este mundo irreal que a veces consigue clavar su uña en el mundo de los vivos. Y el odio que muestras ocultas una sola cosa, Anciano.



Nostalgia...



Nostalgia del mundo de los vivos. Nostalgia de los buenos sueños. ¿Qué terrible pecado te arrastró a este mundo donde chapaleas en tu propio rencor, Anciano? ¿Por qué los dioses te han condenado a esto?



Tus horrendas criaturas. ¿Qué son sino tu prolongación? Es incluso tal vez también la mía... pero yo hubiera tratado de amarlos... Tú... Tú en cambio... Tú eres el odio y no esos atroces niños... Tú eres el gran odio...



¿Miedo de ti? No. ¿Odiarte? Tampoco. Todo eso me haría tu igual. Me convertiría en otra de tus criaturas deformes, uno más en tu horrible rebaño...



Pero...



Mira... Mírame, Anciano. Mírame.



El rugido pareció hacer desplomarse las rocas...

¡Ara! ¡Tú lo has hecho!

La sonrisa enigmática le respondió, y los pájaros de sus mejillas vivieron un instante en la curva de sus labios.

Sí. Yo lo he hecho. El ha dicho la verdad. Y yo soy sus anhelos también, Anciano.

Yo soy sus anhelos en la noche, sus anhelos de calor, de lumbre, de hogar. Yo soy su anhelo de una mano de mujer y su lágrima cristalina. Y él ha traicionado sus anhelos, Anciano. No se ha doblegado ante ti.

¡Destruid!



¡No! ¡No puedes hacer eso!

Pero yo no les di tiempo. La magia de mi cuerpo otra vez poderoso me corría por las venas como fuego. Lancé un grito terrible...

¡Mira a tu jauría!

¡Mira!



¡Mira!



Bramaba, como un toro y sentía los tendones de mi brazo como serpientes enloquecidas.



Perdí la espada y usé mis enormes puños y golpeaba como un segador que cosecha el grano. Los chillidos de la horda hacían pensar en una manada de ratas asustadas.



Luego, estuve solo.



¿Y ahora, viejo? ¿Con qué amenazarás al incorruptible?

Me acerqué a él, y con suavidad casi le puse el pie contra el pecho y...



Luego me acerqué a Ara y le tendí la mano.



Ara... Mujer... Anhelo... Dime, ¿qué ha sido este extraño mundo? ¿Qué ha sido este extraño sueño? ¿Qué es?



Su sonrisa enigmática nació otra vez y los pájaros azules aletearon empujados por sus labios...

¿Sueño? ¿Cómo sabes que lo fue, Nippur?



Largo desierto del sueño... Desierto de arenas grises... Abrígame, desierto de mis sueños...



Un rayo de sol me hizo parpadear...



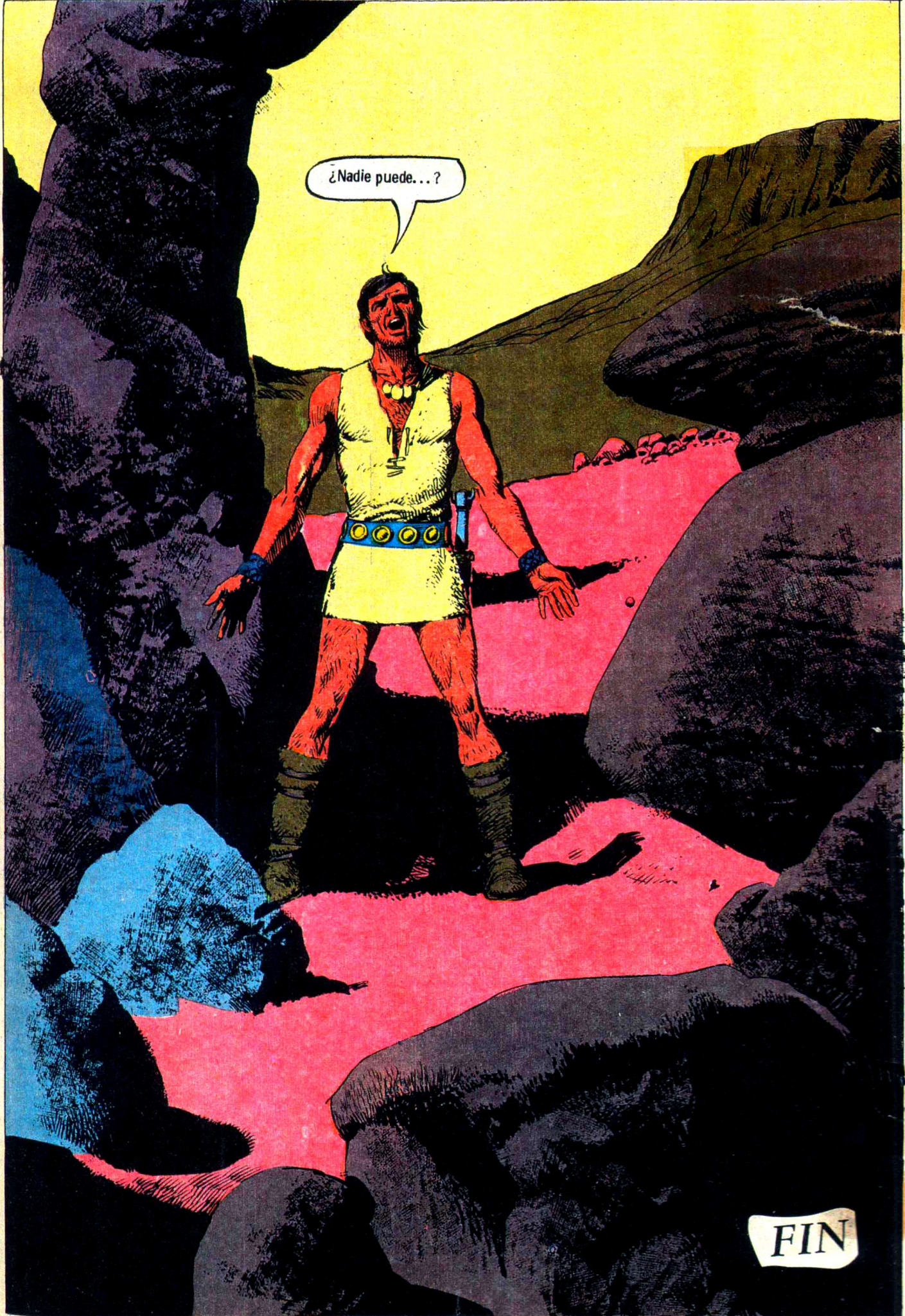
El silencio reinaba en el valle y las flores embalsamaban el aire. Caminé entre las rocas buscando algo, un rastro, una marca, pero sólo hallé la piedra limpia y callada.



(No... Oh, sí... ¿No lo dijo el viejo? ¿Qué es el sueño? ¿Tal vez simplemente otra vida? ¿Y Ara? ¿Qué extraño milagro la trajo junto a mí? ¿Y esto? ¿Y este momento aquí y ahora? ¿Será realmente la realidad? ¿O solamente sueño?)



¿Nadie puede...?



FIN